

Selección TERROR

DOMINADAS POR EL PANICO

Ada Coretti


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

499 — Los hijos de Satán. *Ronald Mortimer*

500 — La casa de las arañas. *Clark Carrados*

501 — La elegida de Satán*, Joseph Berna*

502 — La llave del infierno*, Adam Surray*

503 — La tumba del diablo*, Clark Carrados*

ADA CORETTI

DOMINADAS POR

EL PANICO

Colección

SELECCION TERROR n.° 504

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-025064

Depósito legal: B. 31565—1982

Impreso en España —Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1982

2.* edición en América: abril, 1983

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabrés, 5..Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que

aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, *S. A.***

Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona —1982

CAPITULO PRIMERO

El conductor del autocar les dijo que tardaría unos diez minutos en arreglar la avería del motor, y Stefanie decidió apearse y estirar un poco las piernas.

Los otros pasajeros, tres en total, se quedaron en sus respectivos asientos. Eran personas mayores y sin duda pensaron que el aire frío de aquel atardecer de otoño podía sentarles mal.

Stefanie era una muchacha de veintitrés años, muy guapa. Rubia, de ojos azules, con una silueta preciosa. Vestía pantalones oscuros, un grueso jersey blanco y llevaba un bolso colgado del hombro.

Apenas fuera del vehículo de línea, echó una mirada a aquellos alrededores.

Pronto reparó en una mansión que se perfilaba en lo alto de una loma, relativamente cerca de allí. Era una vieja mansión que hacía pensar en esas películas de miedo que todos hemos visto alguna vez.

Se hallaba rodeada de bosque. De un bosque espeso, tupido, que sólo se clareaba en cienos lugares.

A Stefanie se le ocurrió sacar los prismáticos que llevaba en su bolso.

Ya con los prismáticos ante sus ojos, pudo ver cómo la mansión era digna en verdad de que, quien fuera que merodeara por allí, no terminara de sentirse muy a gusto.

Pero, bueno, se estaba dejando llevar por su imaginación. Era una vieja mansión, simplemente eso.

Las hojas caídas, secas, alfombraban el bosque. Le daban una apariencia triste, melancólica, pero a la vez fantástica.

En eso, de súbito, Stefanie dio un respingo. Acababa de ver lo que menos podía esperarse. Un negro gigantesco…

Habla salido por la puerta principal de la mansión.

Stefanie le siguió con el enfoque de sus prismáticos, viendo cómo echaba a correr y se adentraba en el bosque.

El negro gigantesco alcanzó a una persona. Se trataba de una muchacha rubia, vestida con un insólito atuendo, una túnica blanca con una guirnalda de flores rojas adornando su cabeza.

El negro la cogió por los hombros. Por sus gestos, por sus ademanes, intentaba convencerla de que regresara. Pero la muchacha, que expresaba un pánico que parecía no caberle dentro, se negó a obedecerle. Se resistió a ello con todas sus fuerzas.

Finalmente, la muchacha consiguió desasirse del descomunal negro y huyó.

El negro pudo seguirle y alcanzarla. Pero optó por no hacerlo. Al parecer había dado como buena la decisión adoptada por la muchacha.

Stefanie dejó de enfocar al negro, prefiriendo seguir la trayectoria de la muchacha.

Pero ésta desapareció entre el tupido y espeso bosque, por lo que estuvo más de un minuto sin localizarla.

Pero sí, ahí la tenía de nuevo. Corría como una loca por uno de los claros del bosque.

Ahora, de un momento a otro, iba a pasar junto a un árbol solitario, de delgado tronco, de desnudas y descarnadas ramas. Un árbol que daba la sensación de ser un esqueleto que elevara sus brazos hacia el ciclo en un gesto despavorido.

Fue entonces, segundo más o menos, cuando la muchacha vestida con una túnica blanca, con una guirnalda de flores rojas en la cabeza, desapareció de pronto. Acababa de ser tragada por el suelo. Igual que si la tierra se hubiera abierto, engulléndola.

—No... eso no es posible... —murmuró Stefanie, sobresaltada.

Siguió mirando con los prismáticos, empeñada en ver de nuevo a la muchacha. Pero nada, ésta no volvió a aparecer. Sólo vio al gigantesco negro, había ascendido la loma, metiéndose de nuevo en la vieja mansión.

Stefanie se dirigió al conductor del autocar, contándole lo que sus ojos habían contemplado. Consideró que debía ponerlo en su conocimiento.

—La distancia le ha engañado —le respondió el conductor, un sujeto de aspecto poco simpático—, no ha podido ver eso. La vieja mansión está deshabitada hace y muchos años. Nadie la compra.

—No. no... —aseguró Stefanie—, hay gente allí. Yo he visto salir a

ese negro... Estoy segura... Lo he visto con mis prismáticos...

—¿Dónde ha adquirido esos prismáticos? —le preguntó el conductor con tono socarrón — . ¿Acaso en unas rebajas?

—Yo le aseguro a usted —le dijo Stefanie— que el negro, un negro gigantesco, ha salido de la mansión y ha alcanzado a una muchacha rubia, vestida con una túnica blanca, con una guirnalda de flores en la cabeza...

—Bueno, ya está arreglada la avería —repuso el conductor—. No se preocupe, ya nos vamos.

—No estoy asustada por mí —especificó Stefanie—, sino por esa muchacha. ¿Qué ha podido pasarle?

—Pregunte a los pasajeros, ¿le parece? Pero todos ellos son de por aquí y le dirán lo mismo que yo: la mansión está deshabitada desde hace ya muchos años.

A Stefanie le faltó tiempo para explicar a los tres pasajeros del autocar lo sucedido en el bosque, pero la respuesta fue la anunciada, sus ojos le habían engañado.

Stefanie acabo encogiéndose de hombros. Sin embargo, ella sabía muy bien que no había visto visiones.

En fin, ya estaban llegando a Garmesppon. El Principal Hotel no tardaría en aparecer.

Sí, ya lo veía. Su rótulo acababa de encenderse porque la niebla estaba apareciendo antes de lo acostumbrado.

* * *

Con el bolso colgado del hombro y llevando una pequeña maleta en la mano derecha.

Stefanie se apeó ante el Principal Hotel. Era un edificio de planta baja y dos pisos, que se hallaba al pie mismo de la carretera. Su situación, a una milla de la localidad de Garmesppon, ofrecía sin duda aislamiento y discreción a quienes, por el motivo que fuera, precisaran de tales requisitos..

Stefanie reparó en la fachada recién pintada y en la entrada amplia que daba acceso al mostrador de recepción.

Pero sintió una desagradable sensación. No supo explicárselo. —Soy la señorita Reed... Stefanie Reed... El señor Bloomtton me espera.

El conserje, uniformado de color gris plomizo, le miró de arriba abajo como midiendo si era alta o baja. Pero tal vez, simplemente, se estaba preguntando si aguantaría mucho o poco en aquel empleo.

—Espere un momento —le dijo—. Voy a decirle que ha llegado. Mientras el conserje abandonaba momentáneamente el mostrador de recepción. Stefanie recordó el anuncio que días atrás leyera en el periódico, donde se solicitaba una telefonista. Esta debería hacerse cargo de la centralita de un hotel de las afueras.

Stefanie se había presentado a la dirección que el anuncio indicaba, siendo recibida por un hombre de unos cuarenta años, cuya silueta adolecía de bastantes kilos de más.

Era el propio Clifton Bloomtton, el dueño del susodicho hotel, quien apenas le formuló un par o tres de preguntas, le aseguró que era ella exactamente lo que estaba buscando. Sin más quedaron de acuerdo en todo.

—Pase, señorita Reed... —el conserje acababa de aparecer —. El señor Bloomtton le aguarda.

Fue introducida en una estancia espaciosa, agradable. Era el des pacho del hotel. Allí, tras la mesa de escritorio, se hallaba Clifton Bloomtton, quien gentilmente se levantó para recibirla.

—¿Qué tal está usted, señorita Reed?

Como ya se habían puesto de acuerdo en todo, a Clifton Bloomtton solo le quedó puntualizar ciertos pormenores. Todos ellos, desde luego, sumamente gratos para la muchacha.

—Su dormitorio estará en el segundo piso y tendrá cuarto de baño contiguo individual. En cuanto a las comidas, las hará en nuestro comedor, por descontado eligiendo la mesa que más le agrade.

—¿No son demasiadas atenciones por su parte? —preguntó Stefanie con una sonrisa

—. Bien mirado, voy a ser una empleada suya, sólo eso.

—Quiero que esté a gusto aquí.

—Es usted muy amable.

—Su horario deberá empegar pronto, no sé si se lo dije... —apuntó seguidamente Clifton Bloomtton—. A las ocho de la mañana. Su jornada acabará a las tres. A partir de esa hora apenas hay llamadas, ¿sabe? Siempre surge alguna, claro... Pero en tales casos es el conserje de tumo quien las responde. Así que deje la centralita —añadió— su tiempo será exclusivamente suyo.

—De acuerdo, señor Bloomtton. Y gracias por todo.

Ya en su confortable dormitorio, con un espacioso cuarto de baño al lado. Stefanie se dijo que había tenido suerte. Se lo dijo una docena de veces.

Lo curioso del caso es que no terminó de convencerse a sí misma.

Pero ¿por qué no? ¿Por qué de su escepticismo?

Si el señor Bloomtton era amable, correcto, y si ella iba a recibir un trato magnifico, y si el sueldo no iba a estar nada mal, ¿por qué no sentirse satisfecha?

No. no supo explicarse lo que senda.

Sólo supo que parecía presentir algo malo.

Quizá se debía a que estaba nerviosa.

Desde que había visto todo aquello a través de los cristales de sus prismáticos, no terminaba de sujetar sus nervios. Le habían asegurado que no podía haber visto nada, pero ella sabía que estaban equivocados.

De todos modos, en el mundo acaecen continuamente hechos de muy diversa índole y naturaleza, y sería total y absolutamente absurdo pretender esclarecerlos. La tarea resultarla evidentemente demasiado ardua.

Tras razonar así, sin duda queriendo tranquilizarse, Stefanie se arregló un poco y bajó al comedor.

No tenia apetito, pero pensó que cenar algo le sentarla bien. Se le acercó una camarera, una chica un poco basta, sin duda de la vecina localidad, y le presentó la carta.

Podía elegir lo que más le apeteciera. Como si fuera una dienta más. Está claro, iba a ser muy bien tratada. ¿Acaso demasiado bien?

La pregunta surgió de un modo instintivo. Aunque lo cierto es que

no tenía porque recelar del señor Bloomtton.

Eligió sopa y un poco de pescado. Nada de postre. Luego un café, eso si.

Mientras cenaba, Stefanie reparó en un joven que permanecía unas tres mesas más allá. Aún no debía haber cumplido los treinta años. Era alto, muy alto, y fuerte. Tenía el cabello oscuro y la mi rada penetrante, escrutadora.

En el comedor, además de dicho joven, sólo había tres o cuatro parejas. Y una señora de edad ya bastante avanzada, muy enjoyada, que por lo que ella pudo ver estaba bebiendo un poco más de la cuenta. Y también había dos chiquillas que, según dijeron, estaban esperando a su padre. Las restantes mesas se hallaban desocupadas.

Stefanie tomó él café y seguidamente se retiró a su dormitorio. El viaje había sido largo y estaba cansada. Además, al día siguiente tenía que madrugar.

Pasó el cerrojo a la puerta.

Se desvistió, poniéndose el pijama que antes había dejado sobre la cama. El resto de su ropa la tenía ya colocada en el armario.

Una ver acostada, apagó la luz de la mesita de noche y se dijo de nuevo que había tenido suene.

Pero no, no terminaba de tenerlas todas consigo...

Seguía la misma sensación.

¿Qué clase, exactamente, de sensación?

No lo sabía.

Pero seguía muy nerviosa.

Sí, sin duda lo estaba. Sólo de este modo podía comprenderse que estuviera pensando de la forma que lo hada.

Dejó sus reflexiones, incorporándose en la cama. Estaba oyendo cómo salía agua por el grifo del lavabo.

«Si lo he dejado cerrado —pensó—, ha debido estropearse.»

Saltó de la cama y se dirigió al cuarto de baño. No se molestó en encender la luz de la mesita de noche porque por la ventana entraba suficiente claridad.

Encontró el grifo abierto.

«Que raro... Hubiera jurado que lo había dejado bien...»

Cerró el grifo, fuerte. Asegurándose de lo que hada.

Después regresó a la cama. Pero antes de meterse entre las sábanas, le tentó la idea de acercarse a la ventana y de echar una ojeada al exterior. La verdad es que no tenía demasiado sueño.

Ya junto a los cristales, se dio cuenta de que la niebla era espesa, compacta, si bien solamente iba a ras de suelo. Desde su altura, un segundo piso, el ambiente daba la sensación de estar despejado.

Debía hacer frío.

Pero ella no lo notaba, porque en su habitación había una buena calefacción.

Permaneció un rato junto a la ventana, mirando hacia las luces de Germesppon. La vecina localidad. Luego volvió a la cama.

Aún no había cerrado los ojos cuando oyó el mismo ruido de antes.

Se incorporó de nuevo. Aunque esta vez de forma rápida, tensa, envarada.

¿Otra vez estaba saliendo agua por el grifo del lavabo...?

No podía ser. Lo había cerrado bien fuerte. Ahora ya no podían caberle dudas a este respecto.

Se levantó y fue a ver.

El grifo estaba abierto.

Debe estar estropeado», pensó.

Pero no estaba estropeado, sino simplemente abierto, así que empezó a sentir algo de miedo. ¿Y si no estaba sola en la habitación?

«Bah, tonterías...

Cerró el grifo. Apretó hasta no poder más.

«Esta vez queda seguro. No tendré que volver a levantarme.

Regresó a la cama.

Pero se quedó escuchando, con el oído atento, como si en realidad estuviera segura de que el agua volvería a salir del grifo.

Durante un par de minutos todo fue bien, perfectamente. No oyó nada.

Pero de pronto, haciendo que respingara entre las sábanas, el ruido volvió a oírse.

«Esto tiene que tener una explicación.

Sin embargo, no era el mismo ruido de las otras veces. Parecido, eso si. pero la intensidad del sonido era diferente.

Volvió a salir de la cama. Se dirigió de nuevo hacia el cuarto de baño. Tampoco ahora encendió la luz de la mesita de noche, seguía bastándole la claridad que le llegaba desde la ventana.

El ruido, esta vez, no procedía del grifo del lavabo. Era del grifo de la bañera de donde ahora manaba el agua.

Stefanie se inclinó sobre la bañera y observó el grifo. Tampoco estaba estropeado.

Simplemente estaba abierto.

Volvió la cabeza, mirando a sus espaldas. Tenía que haber una persona allí. De lo contrario, no se comprendía todo aquello. Pero era ridículo pensar que alguien se estuviera entreteniendo con aquel juego tonto.

Cerró el grifo de la bañera.

Volvió a sentir algo de miedo. De un miedo impreciso, vago, pero que desde luego le hacía sentirse muy incómoda.

Notó frío.

«Pues la calefacción está fuerte. No debiera sentir frío... Todo lo que me sucede es muy extraño...

Cuando salió del baño y entró en su dormitorio se dio cuenta exactamente de lo que sucedía.

La ventana estaba abierta de par en par y el frío de aquella no che de invierno se había colado dentro.

«¿Quién habrá abierto la ventana...? ¿O acaso las ventanas también se abren solas...?

Cuesta creer…»

Se acercó a la ventana, para cerrarla cuanto antes. Se trataba de no coger una pulmonía.

Entonces, al mirar hacia abajo, hacia la carretera, vio a alguien que se alejaba, que corría entre la niebla. Era un chico de unos diez años.

A las tres de la madrugada aún no se había dormido.

CAPITULO II

No comentó con nadie lo que le había sucedido, considerando más discreto el callarse, había sido su primera noche allí. Demasiado pronto para empezar con quejas.

Además, que esperaba que todo aquello no se repitiera. No, claro que no volvería a repetirse.

Desde luego, se presentó a su trabajo a la hora indicada. Estaba dispuesta a cumplir como la mejor.

Y, en fin, que así empezó a desenvolverse en su nuevo empleo. Un empleo que la tenía situada al extremo del mostrador de recepción, ante una centralita, desde donde veía a cuantos entraban o salían.

De este modo, a los pocos días de trabajar. Stefanie conocía ya de sobra a todos y cada uno de los que habían cogido habitación en aquel hotel. Aunque algunos dientes se renovaban a diario, simplemente pasaban allí la noche.

La persona que más llamó su atención fue aquella señora a la que conoció en el comedor, muy enjoyada, que al parecer estaba bebiendo más de la cuenta.

Era la señora Claisse. El conserje, con su uniforme de color gris plomizo, un hombre más agradable de lo que había parecido en un principio, le informó al respecto. Se trataba de una señora a la que conocían hacia ya bastantes años. Por lo visto había pasado en aquel hotel su noche de bodas y los dulces recuerdos la llevaban allí. Desde que se había quedado viuda olvidaba sus penas en la bebida. Pero era raro que alguien la viera borracha, porque cuando bebía demasiado tenía el buen gusto de no salir de su habitación hasta que se le pasaba.

Se trataba de una señora con el gesto triste, apagado, pero que siempre dedicaba una sonrisa amable cuando pasaba ante el mostrador de recepción.

Cierta mañana se detuvo junto a la centralita e hizo una pregunta a Stefanie. Antes, no obstante, se aseguró de que el conserje se hallaba al otro extremo del vestíbulo hablando

con el señor Bloomtton.

—¿Va a quedarse mucho tiempo aquí?

Esta fue la pregunta, que por descontado sorprendió un poco a la muchacha.

—Espero que si —contestó.

—Parece contenta con este puesto.

—Sí, en efecto.

—Me alegro... Me alegro...

No dijo nada más y se dirigió hacia la escalera. Aunque había ascensor, no tenía costumbre de utilizarlo. Su habitación, siempre la misma, siempre la número seis, estaba en el primer piso y debía pensar que no valía la pena meterse en aquella jaula de hierro que, por lo demás, a menudo funcionaba deficientemente.

Otro día volvió a detenerse junto al mostrador de recepción. En esta ocasión tampoco

el conserje estaba allí.

—¿Qué tal...? —se dirigió a Stefanie—. ¿Sigue contenta con su empleo...?

—Sí, sí —dijo la muchacha.

—Me alegro... Me alegro...

Estaba claro que la señora Claisse no se alegraba. Todo lo contrario. Sin embargo, se dirigió de nuevo hacia la escalera. No hizo ningún otro comentario.

Stefanie hubiera querido saber el porqué del interés de aquella señora, pero lo cieno

es que dejó de pensar en ella.

Una lucecita acababa de encenderse en el cuadro de la centralita. Cogió el auricular.

—Principal Hotel, dígame... —atendía a esa llamada, como a todas, con suma amabilidad.

—¿Es usted la señorita Reed...? ¿Stefanie Reed...? —una voz de hombre, suave agradable, acaba de llegarle a través del hilo telefónico.

—Si... —asintió ella, pero desconcertada.

—Perdóneme que la moleste —y la voz añadió—: Es que desearía que nos viéramos en alguna parte... Tengo que hacerla una

proposición. Oh, por favor, no me interprete mal...

Le aseguro que no hay nada incorrecto ni indecoroso en mis pretensiones. Se trata, únicamente, de que me gustarla pintarla... Le pagaría bien —puntualizó la voz suave agradable—; mil libras.

Un poco más y el teléfono se le cae de la mano. ¡Mil libras!

—Lo lamento, señor... —empezó a decir la muchacha.

—Maxwell... Bernard Maxwell —se presentó.

—Le decía, señor Maxwell, que lamento no poder aceptar. Soy una chica sería, ¿sabe?

A mí me daría mucha vergüenza posar sin ropa...

Creía que se trataba de un desnudo. Sólo esa suposición hacía admirable la idea de cobrar tan elevada cantidad por el simple hecho de posar unas horas.

—No se trata de que la pinten desnuda —repuso la voz suave agradable—. Deseo un cuadro hermoso y limpio, en toda la amplitud de la expresión. Es que la he conocido, señorita Reed, y es usted preciosa. Un cuadro suyo podría resultar una obra de arte.

—Muy gentil, señor Maxwell. Pero ni aun así... —no tuvo necesidad de pensárselo, la negativa salió de un modo sencillo, natural.

—¿Por qué no? —insistió el señor Maxwell—. No creo que haya ningún mal en ello.

—No. no... —se negó Stefanie.

—¿Por qué no nos citamos y así me conoce? —ofreció—. Sería el mejor modo para que usted limara posibles recelos... Pero, bueno, quizá sea preferible que le dé tiempo para que se lo piense. ¿no le parece? Volveré a llamarla otro día, señorita Reed. Adiós...

Así acabó la conversación, y Stefanie se quedó, por un momento, arrepentida por no haber aceptado la oferta. ¡Mil libras!

Pero había hecho bien rehusando la tentadora cantidad. Posiblemente no sería todo aquello tan de color de rosa.

—Hola.

La voz varonil hizo que levantara la mirada.

Acodado en el mostrador de recepción estaba un joven alto, muy alto y fuerte. Tenía el cabello oscuro y la mirada penetrante, escrutadora.

Le reconoció. Le vio el primer día de su llegada. Estaba cenando en el comedor, tres mesas más allá de la suya.

—Buenos días —contestó ella.

—Soy Warren Fennet —y sin necesidad ni precisión de más—. Soy el detective del hotel.

—¿El detective del hotel...? ¡Ah!

—No todos los hoteles necesitan un detective —le hizo saber—, pero éste sí. Aquí pasan cosas muy raras.

—¿Ah, si...? —y Stefanie se acordó de su primera noche allí.

Los grifos se abrían solos, una y otra vez. Y también se abrió sola la ventana de su habitación.

—Aquí pasan cosas muy raras —repitió el joven — . Así que el señor Bloomtton me ha contratado, desea que todo llegue a aclararse. No quiere verse metido en líos.

—Comprendo... pero no pudo menos de inquirir a continuación—: Pero ¿qué es lo que ha pasado?

—Voy a decírselo —repuso Warren Fennet—. No faltaría más... En realidad, usted es la primera persona que está obligada a saberlo.

—¿Yo...? —se sorprendió - . ¿Por qué yo...?

—Se lo diré en pocas palabras. Las tres señoritas que últimamente han aceptado el puesto de telefonista de este hotel, han desaparecido...

Stefanie abrió mucho los ojos.

—Han desaparecido de la noche a la mañana —añadió—. Sin dejar rastro. Esto suena mal. ¿no cree?

—Suena pésimo dijo Stefanie.

Ya no abría tanto los ojos, pero se había convertido en un manojo de nervios.

—Las tres jóvenes a que me he referido —puntualizó el detective

— eran muy guapas.

Yo no tuve el gusto de conocerlas, pero todos coinciden en que eran monísimas. En fin, el caso es que han desaparecido, que nadie sabe de ellas y que yo debo encontrarlas. Por otro lado debo encargarme de que usted no desaparezca también...

Los nervios de Stefanie estaban que saltaban.

—Me está poniendo nerviosa —confesó.

—He querido que lo supiera. Pero no debe sentirse alarmada, yo estoy en el hotel y sé mi oficio, no lo dude. Si fuera un mal detective —observó—, el señor Bloomtton no me hubiera contratado.

—Confío en usted —intentó esbozar una sonrisa.

—Confie ciegamente. A propósito, ¿quiere qué esta tarde salgamos juntos a dar un paseo en coche?

—No es mala idea —dijo Stefanie, pensando que a su lado al menos estaría segura, lo que no era de menospreciar en las pirantes circunstancias.

«Además -pensó —, que está muy bien...»

En ese momento se encendió una de las lucecitas de la centralita.

—Discúlpeme, llaman...

—La esperaré a las cuatro —zanjó Warren Fennet.

Ella asintió.

—Hasta entonces, preciosa.

Stefanie descolgó el teléfono.

Dígame, señora Claisse... —recibía la llamada de la habitación número seis, así que no podía tratarse de nadie más.

—Es preciso que hable con usted... —en la voz de la señora Claisse había un insólito temblor.

—¿Conmigo? -se asombró la muchacha.

—Sí, es preciso... Se trata de un asunto de vida o muerte...

—¿Cómo...? —los nervios volvieron a ponérsele de punta.

—He debido sincerarme con usted. Sí, he debido hacerlo… —no mermaba el temblor de su voz, todo lo contrario, aumentaba—. Pero aún estamos a tiempo… Venga a verme cuanto antes y todo se arreglará.

—Pero ¿de qué se trata? —inquirió nerviosa, nerviosísima—. ¿Acaso tiene eso algo que ver con las otras telefonistas…?

—Sí, tiene que ver. No quiero que corra usted la misma suerte que ellas. ¿Cuándo vendrá a mi habitación?

—Mi jornada de trabajo no acaba hasta las tres.

—Venga a las tres. La estaré esperando… —y colgó.

Stefanie se quedó esperando que el tiempo transcurriera rápidamente. ¡Estaba ansiosa por oír lo que la señora Claisse tenía que decirle!

Una nueva lucecita se encendió en el cuadro de la centralita.

—Dígame… Aquí Principal Hotel… Le escucho, señor… Desea reservar una habitación…

¿A nombre de quién, por favor…? Señor y señora… Lo he anotado ya… Muy bien, señor…

Puede quedar tranquilo… Buenos días, señor.

Cuando acabó esta llamada, vio que el conserje estaba atendiendo a una nueva clienta, no se fijó detenidamente en ella, pero aun así se dio cuenta de que llevaba botas altas y un impermeable de color crema y guantes negros. El cabello era rubio ceniza y le caía un tupido flequillo sobre la frente. Llevaba gafas oscuras.

—Aquí tiene su llave, señora Lang — oyó que le decía el conserje —. ¿De veras no quiere que el botones le acompañe hasta su habitación?

—No es preciso, gracias —respondió escuetamente la señora Lang.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la escalera.

—Qué mujer más rara… —opinó Stefanie poco después.

—¿Rara, por qué? —preguntó el conserje.

—Parecía como si llevara peluca —dijo la muchacha.

—Muchas mujeres llevan peluca —repuso el conserje— y no por eso tienen nada de raras.

—Sus ropas —opinó Stefanie—, sus guantes negros, y esas gafas oscuras que daban la sensación de querer ocultar el rostro... No sé, me ha causado una impresión extraña.

—Por aquí pasan tipos de todas clases —el conserje le quitó importancia al tema—. Hay que acostumbrarse.

—Si, supongo que sí —aceptó.

* * *

La señora Claisse, tras decir a Stefanie que deseaba hablar con ella, dejó el teléfono en la horquilla y luego miró su reloj de pulsera, de oro. Como de oro era su collar de dos vueltas y las pulseras que adornaban sus muñecas.

Su reloj marcaba la una y cuarto. Aún faltaba mucho para que recibiera la visita de Stefanie. Por lo que pensó que tenía tiempo sobrado de tomarse un par de copas.

Sólo un par, porque si tomaba la tercera ya sabía lo que le pasaba. Llegaba a la cuarta, a la quinta y acababa borracha. Y como el alcohol le sentaba fatal, terminaba desplomada, sin fuerzas para nada, balbuceando como una tonta.

Sus intenciones eran buenas. Dos copitas. Sólo dos para animarse un poco y sentirse más dispuesta y decidida a informar a la muchacha telefonista de los peligros que la acechaban.

Pero las buenas intenciones de la señora Claisse terminaron una vez más del modo más lamentable. Bebió la tercera copa, y otra más. y otra, y la verdad es que acabó con la botella.

Había empezado moviéndose con cierta torpeza, siguió dando tumbos y acabó desplomándose en un sillón.

Sin embargo, tenía bien presente que a las tres recibiría a Stefanie. así que se resistía a cerrar los ojos. Si los cerraba se quedarla dormida como una marmota y no quería que eso sucediera.

De pronto notó un excesivo calor, solía pasarle cuando bebía. Así que se quitó la blusa que llevaba, quedándose, de cintura para arriba, en combinación. El collar de oro, de dos vueltas, quedó sobre su carne.

También se quitó la dentadura postiza. Cuando bebía también le estorbaba.

Pensaba ponerse la blusa y la dentadura antes de abrir a Stefanie. Claro que sí. Ella era muy mirada, no le gustaba causar mala impresión.

Así estaban las cosas, cuando le pareció oír un leve ruido en la puerta. Suponiendo que sería la muchacha telefonista quiso levantarse para ir a abrirle.

Con gran sorpresa por su parte se dio cuenta de que no podía ponerse en pie. Estaba tan bebida, tan borracha, que ni eso podía hacer por más que con ambas manos se estuviera apoyando en los brazales del sillón. Estaba claro, acababa de coger la mayor turca de toda su vida.

Intentaría levantarse de nuevo, naturalmente. Si no se levantaba del sillón, mal iba a poder abrir la puerta a la telefonista.

Pero la puerta se estaba abriendo ya…

No pensó que alguien podía haber metido una ganzúa en la cerradura. Pensó simplemente que debía haber cerrado mal la puerta.

Pero, ¿quién era la persona que estaba entrando? No la conocía. No la había visto en su vida.

¿O acaso si? Aquellas facciones no le eran del todo desconocidas.

La intrusa cenó la puerta a sus espaldas. Era una mujer que vestía botas altas y un impermeable de color crema, y llevaba guantes negros. Su cabello era de color rubio ceniza y le cala un tupido flequillo sobre la frente. Llevaba gafas oscuras.

—No la conozco a usted —dijo la señora Claisse entre los vapores del alcohol—.

¿Quién es y qué quiere…?

—¿De veras no me conoces? —preguntó.

La señora Claisse sintió como si en la habitación hubiera un ser monstruoso que estuviera conteniendo la respiración para no asustar demasiado a su presa.

Pero sólo unos instantes después, al reconocer a quien acababa de entrar en la habitación, comprendió que ese ser monstruoso y esa

persona eran una misma cosa.

—Sí, sí... ahora sé quién eres... -balbuceó la señora Claisse—. Con estas ropas... Con esta peluca... Me has engañado al principio...

La señora Claisse se había quedado con la boca contraída y los ojos entreabiertos, enloquecidos. Los vapores del alcohol no le impedían darse cuenta de que la muerte la estaba visitando. Y no sería tina visita de mero cumplido, hubiera podido jurarlo.

Quiso levantarse del sillón. Antes no había podido hacerlo, pero ahora sí que podría.

Se afanarla por conseguirlo.

Pero por más que se apoyó con ambas manos en los brazales, fue inútil. Volvió a caer hundida, materialmente desplomada, en el sillón. Como un auténtico saco de patatas.

—No puedo levantarme... No puedo levantarme... —balbuceó.

La lengua se le atrabancaba, pero, claro, ahora no solo era a causa de la bebida.

—Yo puedo darte algo que te anime —dijo la persona que estaba ya allí, junto al sillón, y sacó del bolsillo de su impermeable una jeringuilla.

—No. no... —musitó la señora Claisse, contemplando como alucinada aquella aguja hipodérmica.

—Te animará... Te animará... oyó que le decía.

La señora Claisse estaba tan borracha que no podía ni moverse. Además, sentía un terror absoluto, un espanto total que daba al traste con las escasas fuerzas que aún pudieran quedarle.

Quiso gritar. Sin embargo, su intención fue adivinada y antes de que pudiera pedir auxilio un pañuelo le fue metido en la boca, en esa boca desdentada que era sólo un boquete.

El pañuelo quedó allí, muy apretado, apretadísimo, metido hasta la misma yugular. Y la señora Claisse se vio obligada a respirar por la nariz. Ciertamente no podía hacerlo por otro sitio.

Hubiera podido quitarse el pañuelo de la boca, o intentarlo al menos, para eso tenía las manos.

Pero no le resultó tan sencillo.

Cuando se dispuso a llevar las manos hacia el pañuelo que la ahogaba, la aguja hipodérmica le estaba ya atravesando la piel, metiéndose, incrustándose en la carne de su brazo.

Todo estaba sucediendo rapidísimamente.

La señora Claisse quiso impedir que el líquido de la jeringuilla fuera a parar a su cuerpo. Esto lo primero. Por lo que se olvidó de momento del pañuelo que taponaba su boca y que le impedía gritar.

Aun así, no llegó a tiempo de ser inyectada.

Lo dicho, todo sucedía rapidísimamente.

Acto seguido pensó en liberar su boca. Pero el líquido mortal estaba ya en su interior y la visión empezó a nublársele.

No era a causa de la bebida. Los síntomas del alcohol los conocía de memoria. Esto era distinto. Espeluznantemente distinto.

—Te he puesto estricnina, que como debes saber es un veneno mortal —dijo su visitante—. Este es el final. Un final que te has buscado… Porque estabas dispuesta a delatarme, ¿verdad?

La señora Claisse asintió con un leve gesto.

Luego la barbilla le cayó sobre el pecho, sobre su collar de oro de dos vueltas, y ya no se movió más. Los ojos le quedaron cerrados y la boca abierta, taponada por el pañuelo.

La aguja hipodérmica aún no había sido sacada de su brazo…

Alguien, en ese mismo instante, llamó a la puerta con los nudillos.

—Soy yo, señora Claisse. Soy Stefanie…

CAPITULO III

Stefanie había dejado la centralita a las tres en punto, ni un segundo más tarde. Y subió directamente a la habitación número seis.

Apenas llamó con los nudillos, tuvo la impresión, la certeza más bien, de que sucedía algo normal, algo que no funcionaba debidamente.

Lo achacó a sus nervios en tensión, y quedó a la espera de que la señora Claisse le abriera la puerta.

No oyó pasos. No oyó nada.

Sin embargo, la puerta se había entreabierto...

Le bastó empujar para que la entrada le quedara franqueada.

Apenas dio un par de pasos en la habitación, se vio envuelta en un silencio denso, agobiante. Un silencio excesivo que no presagiaba nada bueno.

En aquel instante vio a la señora Claisse. La aguja hipodérmica estaba aún clavada en su brazo y la jeringuilla de plástico pendía, balanceándose, ya sin el liquido que había contenido.

No había que ser muy lista para sacar conclusiones.

Stefanie gritó...

Mejor dicho, fue a hacerlo cuando uña mano enguantada le impidió hacerlo.

Alguien, por lo visto, había permanecido tras la puerta esperando que entrara.

Stefanie se revolvió, intentando desasirse de aquella mano fuerte, férrea. Pudo ver que era una mujer quien se hallaba a sus espaldas. Reconoció el cabello rubio ceniza, con un tupido flequillo sobre la frente, y las gafas oscuras. Reconoció también el impermeable de color crema.

Se trataba de la señora Lang. Por lo menos como tal se había presentado al conserje del hotel.

Stefanie hizo los posibles por morder aquella mano que no le dejaba gritar. Pero la mano no le daba opción a hacerlo, apretaba demasiado fuerte.

Siguió rebelándose, intentando liberarse, comprendiendo que tenía que sacar fuerzas de flaqueza. De lo contrario estaba perdida.

En sus intentos por rebelarse, se tambaleó brusca y violentamente. y fue a dar con su sien en un saliente del armario. Un golpe duro y desafortunado que le hizo ver que todo giraba a su alrededor. Cayó desvanecida.

Sin duda, claro, no sería por mucho tiempo...

El suficiente, sin embargo, para que la señora Lang tuviera tiempo de quitar del brazo de la señora Claisse la jeringuilla de plástico. Para que tuviera tiempo de acercarse a la desvanecida muchacha, de subirle hasta más arriba del codo la manga del vestido y de atravesar su piel con la aguja hipodérmica...

La estricnina iba a cobrarse una nueva víctima.

Todo lo hacía presumir así.

* * *

Warren Fennet había preguntado por la muchacha al conserje y éste le había dicho que la había visto subir la escalera.

El detective supuso que debía haber ido a su habitación a asearse un poco antes de acudir al comedor. Se dirigió, pues, hacia el segundo piso. Quería estar seguro de qué todo marchaba bien.

Al no encontrarla en su habitación, al no recibir respuesta a sus llamadas, se alarmó. Lo que no le impidió reaccionar rápidamente, lanzándose escaleras abajo.

Antes de llegar al primer piso, ya había pensado que, quizá, la muchacha estuviera hablando con la señora Claisse. Había visto en dos ocasiones cómo la susodicha señora

Claisse se detenía ante el mostrador de recepción, junto a la centralita, conversando con Stefanie.

Se dirigió hacia la habitación número seis. A grandes zancadas, ya que se trataba de no perder mucho tiempo Cada segundo contaba.

Al llegar allí, se encontró con que la puerta estaba entornada.

La abrió de pronto, dejando a un lado los miramientos. Ya se excusaría por su incorrección si se veía obligado a hacerlo.

Apenas con la puerta abierta, se dio cuenta de lo espeluznante de aquella escena.

La aguja hipodérmica había sido clavada ya en el brazo de Stefanie, aunque el líquido aún no le había sido inyectado. Unos segundos más y todo hubiera sido tarde.

Se precipitó hacia allí y lanzó su pierna por delante.

Del golpe recibido la jeringuilla se fue por los aires.

La señora Lang quedó como paralizada. No esperaba verse sorprendida de ese modo.

Pero volvió en sí, con presteza, sin duda consciente de que otra cosa la condenaría inexorablemente.

Se incorporó y alcanzó la puerta.

Warren no se le interpuso, pues para él lo primero fue asegurarse de que la muchacha no había sufrido ningún daño. Ningún daño de importancia, se entiende.

—Stefanie... Stefanie... —y le dio unos cuantos cachetitos en la cara—. Vuelva en sí.

La muchacha abrió los ojos, respirando aliviada al ver que era el joven y apuesto detective del hotel quien se hallaba a su lado.

—¿Está bien? -preguntó Warren.

—SI, sí...

Tranquilizado a este respecto, se dirigió hacia la pobre señora Claisse. Seguía en la misma postura. Con la barbilla caída sobre el pecho, sobre el collar de oro de dos vueltas.

Tenía los ojos cerrados y la boca abierta, taponada por el pañuelo.

Le palpó la arteria carótida.

—Ha muerto dijo.

Seguidamente se lanzó fuera de la habitación, hacia la escalera. Estaba dispuesto a perseguir y alcanzar a la señora Lang Aunque él no sabía aún quién era aquella señora.

Bajó como una centella el último tramo de las escaleras y se precipitó fuera del hotel.

Sorprendido se dio cuenta de que no había rastro de ella, ni cerca ni lejos.

No podía ser.

No le había concedido el margen de tiempo suficiente como para esfumarse de aquel modo.

—Señor Bloomtton —le recordó Warren—, le dije que debía cerrar la puerta trasera del hotel. Le dije que, por lo que pudiera pasar, era conveniente que quedara franqueable sólo la entrada principal... Ahora resulta que se limitó a asentir, pero que por la puerta trasera ha podido entrar o salir cualquiera... Bueno, es fácil deducir que en esta ocasión lo ha hecho la persona que ha matado a la señora Claisse y que ha intentado hacer otro tanto con la señorita Reed. Me terno, señor Bloomtton. que sea usted el responsable de que yo no me haya lucido más.

—Admito mi culpa —dijo el dueño del hotel, sentado tras su mesa de escritorio—; debí hacerle caso. Pero, compréndame, yo nunca pude imaginar...

—Sí, claro —Warren intentó disculparle— me hago cargo. Pero de ahora en adelante procure colaborar conmigo y así todo irá mejor, ¿de acuerdo?

—Sí, sí —asintió el señor Bloomtton.

—Por cierto, ¿Conocía usted a la señora Lang?

—No. no... —dijo el señor Bloomtton en esta ocasión — . Y por lo que me ha asegurado el conserje, tampoco él la había visto nunca.

—Creo que iba disfrazada —opinó Warren—. Por lo que me ha dicho el conserje y la señorita Reed... —se volvió hacia Stefanie, que estaba con ellos en el despacho—. Opina eso, ¿verdad?

—Si —repuso la muchacha—. Por lo demás, desde el primer momento me pareció una mujer rara...

—¿Rara? —Warren hizo hincapié en la palabra—. ¿Puede, acaso, que no fuera una mujer...?

—¿Cómo...? —inquirió el señor Bloomtton.

—Ha podido ser un hombre disfrazado de mujer, ¿no es cieno?

—Yo no puedo asegurar nada —dijo Stefanie—. No le presté la

debida atención.

Además, que con las gafas oscuras que llevaba...

—De acuerdo... de acuerdo... —repuso Warren Fennet —. Continuamos sin saber a qué atenemos; estamos igual que antes.

No se alargaron en más consideraciones, porque en aquel momento se presentó el inspector de policía.

Y empezaron los interrogatorios, que como es lógico, pretendían llegar a esclarecer los hechos.

Pero de los hechos no hubo forma que surgiera la menor pista.

Entre una cosa y otra se hizo tarde, por lo que Warren Fennet y Stefanie decidieron dejar el paseo en coche para otro día.

Cenaron en la misma mesa, eso si. Nada mejor que estar juntos después de todo lo sucedido. Sin embargo, la muchacha no tenía apetito y eso que, desde el desayuno, no había probado bocado. Evidentemente, el susto recibido había sido demasiado fuerte.

—Será mejor que me acueste —terminó diciendo.

—Sí, creo que te conviene reposar un poco —dijo él, tuteándola —. A propósito, cierra bien la puerta.

—Lo haré.

* * *

Se sentía terriblemente cansada y pensó que se dormirla en seguida. Pero el sueño huía de sus párpados. No hacía más que cambiar de postura.

En eso oyó cómo salía agua por el grifo del lavabo.

«Otra vez, como la primera noche», no pudo menos de pensar.

Se había incorporado en la cama, sintiendo fuertes latidos en las sienes.

Estuvo quieta un rato, escuchando cómo el agua no dejaba de salir. Después, aunque lentamente, se decidió a echar la ropa a un lado y a salir de la cama.

No encendió la luz de la mesita de noche porque por la ventana

entraba suficiente claridad.

Ya en el cuarto de baño cerró el grifo.

Luego regresó a la cama. Pero se quedó al pie de la misma, escuchando, esperando que el agua volviera a salir del grifo. Estaba segura de que sucedería así.

No se equivocó. Instantes después volvió 'a oír el mismo ruido. Otra vez salía agua por el grifo del lavabo.

«Lo sabia... Lo sabia...»

Empezó a sentir miedo, lo mismo que le sucedió la primera noche.

Pero en esta ocasión su miedo fue mucho mayor. ¿Cómo no iba a sentirlo después de la muerte de la señora Claisse y de que ella misma hubiera estado a punto de convertirse en la segunda víctima?

Se encaminó hacia el cuarto de baño, sintiendo que arrastraba los pies, mientras se preguntaba dónde podía estar escondido alguien...

Porque alguien, sin duda, se había propuesto... ¿Qué es lo que se había propuesto? Ni idea.

Llegó al lavabo tan rígida, tan tensa, que los músculos le dolían.

Volvió a cerrar el grifo.

Hecho esto miró a su alrededor. ¿Dónde podía estar escondida la persona que...?

En el cuarto de baño no había sitio para que se escondiera nadie. Bueno, había un pequeño armario barnizado de blanco. Se hallaba situado al lado opuesto de la bañera.

Alargó la mano, decidida a abrir el armario. Si allí había alguien ella debía saberlo.

Pero se arrepintió de su gesto. Lo cierto es que estaba muchísimo más asustada de lo que creía.

No se vio capaz de averiguar por si misma lo que había o no de verdad en sus recelos, en sus sospechas.

Volvió al dormitorio. Una mirada a la puerta le demostró que el pestillo seguía bien cerrado.

Se metió en la cama de un modo maquinal. Mientras se estaba

diciendo que debería ir en busca de Warren Fennet.

¿Pero qué iba a decirle? ¿Que un grifo se abría solo? Al joven detective le parecía un argumento ingenuo, pueril, absurdo, sin duda motivado por su tensión nerviosa. No le haría caso.

Prefirió esperar y ver qué pasaba. Bien mirado, no podía sucederle nada malo. Pero, ¿y si en aquel armario del cuarto de baño se hubiera escondido...?

No, allí no cabía nadie. Ni doblado en dos podría un hombre meterse en un lugar tan pequeño.

Otra vez el ruido.

«Este hotel está embrujado... Yo nunca he creído en las brujas, pero a este paso...»

El ruido, sin embargo, no procedía del lavabo. Era del grifo de la bañera de donde ahora manaba el agua.

En un arrebato, medio histérica, se levantó de la cama y corrió hacia el cuarto de baño.

Apenas cerró el grifo de la bañera, pensó en que ahora le tocaba sentir frío...

«Si, frío, porque se habrá abierto la ventana del dormitorio y el aire de la noche se estará colando dentro...»

Ni diez segundos tardó en sentir ese frío que ya se esperaba.

Volvió al dormitorio.

La ventana estaba abierta de par en par.

Se acercó a cerrarla.

Entonces vio, abajo, en la carretera, cómo un niño de unos diez años se escapaba a toda velocidad.

La primera noche no se durmió hasta las tres de la madrugada.

Esa noche se la pasó sin pegar ojo.

CAPITULO IV

Antes de las ocho ya estaba en su trabajo, junto a la centralita. Desde luego se había levantado con los nervios tan de punta que ni sabía lo que le pasaba.

Estaba diciéndose que ella no tenía por qué seguir en aquel hotel, sería estúpido que lo hiciera. Tenía que irse cuanto antes.

Se lo diría a Warren Fennet así que le viera.

Encontrándose en estas circunstancias, fue cuando oy6 la voz suave, agradable, a través del teléfono.

—¿Señorita Reed...? Soy Bernard Maxwell. Espero que no me haya olvidado...

—¡Oh, no, no! —aseguró ella.

—¿Ha pensado en lo que le dije, señorita Reed? Estoy dispuesto a pagarle mil libras...

—Es mucho dinero —repuso Stefanie—. Pero usted es un desconocido para mi, hágase cargo...

—Podemos vemos, así me conocería. Entonces ya no sería un desconocido para usted.

—No he posado nunca —dijo la muchacha —. La idea de hacerlo, no sé...

—¿Qué le pasa, señorita Reed? ¿Le sabe mal dejar su actual empleo? Sí, claro, es comprensible... De todos modos, piense que yo le ofrezco mil libras.

—Es más de lo que me hubiera atrevido a pedir —convino Stefanie—. Por lo demás, no, no me sabría mal dejar mi actual empleo... Si he de serle sincera, estaba pensando en dejarlo cuando me ha llegado su llamada.

—¿De veras? —se animo la voz suave, agradable—. Pues lo celebro. Mire —tercio — dentro de diez minutos detendré mi coche ante la puerta del hotel. Usted sale, me conoce y... Estoy convencido, señorita Reed, de que llegaremos a entendernos... —y sin darle opción a que dijera que si, ni que no, se despidió—. Hasta ahora.

Y colgó.

Stefanie se quedó con el teléfono en la mano, casi alegrándose de

no haber tenido tiempo de poner objeciones a la proposición del señor Maxwell.

En realidad, ¿por qué no había de conocerle? No perderla nada haciéndolo. Además, que valla la pena pensar en la oferta. Ella se sentirla rica con mil libras.

Stefanie levantó la mirada. Buscaba al detective. Le hubiera gustado ponerle al corriente de la oportunidad que se le brindaba.

Pero no vio a Warren Fennet. Este, por lo visto, seguía en el despacho de Clifton

Bloomtton, donde minutos antes le había visto entrar.

—Voy a salir un momento —dijo la muchacha poco después al conserje—. Si alguien llama, me hará al favor de contestar por mí, ¿verdad?

—Sí, si... —contestó el conserje, quedándose con las ganas de preguntarle a dónde iba.

Salió del hotel. Sin duda el coche de Bernard Maxwell estaría ya allí.

En efecto, un magnífico «Mercedes se hallaba ya esperando.

Pero no estaba ante la puerta del hotel, sino unos quince metros más allá. El chófer, de pie junto al coche, impecablemente uniformado, aguardaba. Un hombre, sin duda Bernard Maxwell, permanecía en el interior del vehículo.

La mañana era brumosa, fría, húmeda.

Stefanie llegó hasta el «Mercedes sin que el hombre que viera a través de los cristales de la ventanilla hiciera el menor movimiento de salir.

Ya junto al coche, el chófer le abrió la portezuela trasera. No ciertamente para que entrara, sino para que pudiera hablar mejor con su señor.

—Discúlpeme que no me apee... —dijo entonces Bernard Maxwell, y su voz era al natural tan agradable como por teléfono—. Es que no puedo hacerlo, ¿sabe? Hace años sufrí un grave accidente. Desde entonces voy en un sillón de ruedas.

El desconcierto de Stefanie dio paso a la compasión. Se esforzó

por sonreír.

—Es un placer conocerle, señor Maxwell. Porque usted es el señor Maxwell, ¿verdad?

—Sí —dijo éste, un hombre de unos cincuenta y cinco años, de estatura normal, de facciones normales—. Encantado de que haya venido. Entre. si es tan amable…

La muchacha no se lo hizo repetir. Creía que aquel hombre era un pobre paralítico.

Estaba lejos de imaginar que pudiera correr algún peligro metiéndose allí dentro.

Lo lógico hubiera sido que, sabiendo que habían desaparecido las otras tres telefonistas, se andara con más cuidado. Pero estaba tan nerviosa y tan asustada por codo lo que había sucedido en el hotel, que ni se le ocurrió pensar que el peligro pudiera estar en otra parte.

Tampoco se le ocurrió pensar que, entre lo que había sucedido dentro del hotel y lo que estaba sucediendo fuera, pudiera haber una cierta conexión. Una, tal vez, absoluta conexión.

Como fuera, se metió en el coche sin temer nada.

—¿Le disgustaría que diéramos una vuelta en coche mientras cerramos el trato, señorita Reed? —su tono era tan suave, tan agradable, y su rostro tan apacible y sereno, que verdaderamente costaba recelar.

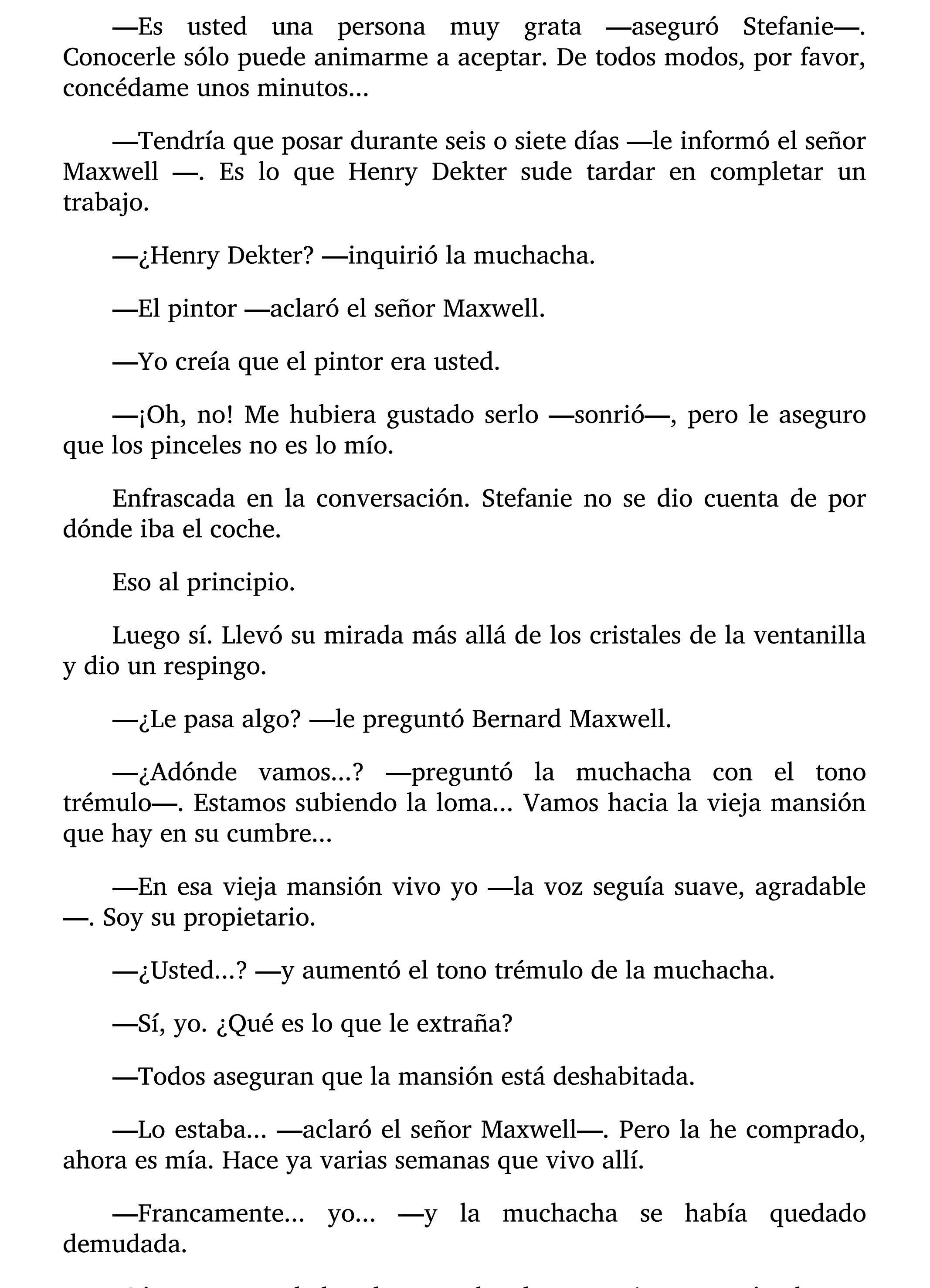
—Como usted prefiera, señor Maxwell.

El chófer se puso al volante. Poco después el «Mercedes» arrancaba.

—Estoy dispuesto a darle quinientas libras antes de empezar —dijo Bernard Maxwell—. Las restantes, cuando el cuadro quede concluido. ¿qué le parece?

—La verdad es, señor Maxwell —dijo la muchacha — , que aún no estoy decidida del todo. Compréndame, estaba tan lejos de esperar que me ofrecieran una cosa así…

—Me hago cargo, señorita Reed, y en modo alguno deseo apremiarla —Bernard Maxwell era todo corrección—, Si después de conocerme considera oportuno desestimar mi propuesta, pues nada, tan amigos.



—Es usted una persona muy grata —aseguró Stefanie—. Conocerle sólo puede animarme a aceptar. De todos modos, por favor, concédame unos minutos...

—Tendría que posar durante seis o siete días —le informó el señor Maxwell —. Es lo que Henry Dekter sude tardar en completar un trabajo.

—¿Henry Dekter? —inquirió la muchacha.

—El pintor —aclaró el señor Maxwell.

—Yo creía que el pintor era usted.

—¡Oh, no! Me hubiera gustado serlo —sonrió—, pero le aseguro que los pinceles no es lo mío.

Enfrascada en la conversación. Stefanie no se dio cuenta de por dónde iba el coche.

Eso al principio.

Luego sí. Llevó su mirada más allá de los cristales de la ventanilla y dio un respingo.

—¿Le pasa algo? —le preguntó Bernard Maxwell.

—¿Adónde vamos...? —preguntó la muchacha con el tono trémulo—. Estamos subiendo la loma... Vamos hacia la vieja mansión que hay en su cumbre...

—En esa vieja mansión vivo yo —la voz seguía suave, agradable —. Soy su propietario.

—¿Usted...? —y aumentó el tono trémulo de la muchacha.

—Sí, yo. ¿Qué es lo que le extraña?

—Todos aseguran que la mansión está deshabitada.

—Lo estaba... —aclaró el señor Maxwell—. Pero la he comprado, ahora es mía. Hace ya varias semanas que vivo allí.

—Francamente... yo... —y la muchacha se había quedado demudada.

¡Cómo no, acababa de recordar lo que vio a través de sus prismáticos! Además, que si las otras telefonistas habían desaparecido...

—¿Se encuentra mal? —el señor Maxwell se le mostró sumamente solícito—. Se ha puesto muy pálida.

—Me he mareado —repuso Stefanie, esforzándose por disimular el miedo que le hormigueaba por todo el cuerpo—. Se lo ruego, dígale a su chófer que regrese. Otro día seguiremos hablando de lo que usted me propone…

Bernard Maxwell tardó en responder. Al hacerlo, ya el «Mercedes» se había detenido en lo alto de la loma, en la explanada que había ante la vieja mansión.

—Ya es tarde para regresar…

—¿Cómo ha dicho usted? —preguntó Stefanie, y el hormigueo de su cuerpo se había convertido en gélido escalofrío.

—Debe saber algo, señorita Reed —le manifestó de forma clara y rotunda, si bien su voz seguía tan suave y agradable como siempre—. No estoy paralítico. La he mentido.

Tenía que parecerle inofensivo, de lo contrario no hubiera podido traerla hasta aquí…

—¿Qué es lo que pretende en realidad? —quiso saber Stefanie.

—Ya se lo he dicho, que Henry Dekter la pinte. A cambio le pagaré mil libras.

—No me gusta que me engañen —observó Stefanie—. Por lo demás, como usted comprenderá, señor Maxwell, no voy a consentir que en contra de mis deseos…

—Sea razonable — rogó el señor Maxwell, y descendió del coche demostrando que de paralítico no tenía nada. Luego agregó—: Por favor, no me obligue a usar la fuerza.

El chófer, un hombre joven, de rasgos irregulares, se hallaba dispuesto a intervenir. O lo que es decir lo mismo, esperaba el más leve gesto para obedecer las órdenes de su señor. Saltaba a la vista.

Stefanie reflexionó a marchas forzadas, había caído en una burda trampa, como una grandísima tonta. Ahora sólo le quedaba hacer ver que transigía, y esperar una ocasión propicia para escapar de allí.

—Está bien, señor Maxwell —forzó una sonrisa, que por descontado sólo fue una mueca—. Está bien… Pero que conste, no me gustan sus métodos.

—Le pido disculpas, señorita Reed —y le tendió la mano, ayudándola a descender del coche.

En aquel momento se abrió la puerta de la mansión. En su dintel apareció una mujer de unos cuarenta y cinco años, vestida de negro, con el cabello oscuro recogido en un severo moño.

—Le presento a la señorita Reed… Stefanie Reed… —el señor Maxwell hizo la presentación—. Es mi ama de llaves, la señora Adams.

—Mucho gusto, señorita Reed —la señora Adams miró con conmiseración a la muchacha.

Poco después entraban en la vieja mansión, donde todo debía haber sido, en otros tiempos, digno de admirarse. Ahora era diferente, todo aquello necesitaba ser restaurado. Aun así, en el enorme vestíbulo, en las amplísimas estancias contiguas, en la suntuosa escalera, había el empaque de lo que por si mismo tiene escogida y regia calidad.

Se dirigieron hacia la mayor estancia, sin duda, de las que había en aquella planta; la biblioteca. Allí les esperaba un hombre de unos treinta años, de escasa estatura, delgado, tísicamente muy poca cosa. Tenía aspecto de tímido e indeciso.

—El señor Dekter — repuso el señor Maxwell—. Henry Dekter, un gran pintor. Algún día será famoso. Puede estar segura de ello, señorita Reed.

Stefanie Fingió que aceptaba la situación, y desde luego fingió lo mejor que supo. Sabía que de ello dependía que todo le saliera bien.

Pero necesitaba una oportunidad…

De pronto la vio al alcance de su mano. Lo cierto es que la puerta de la vieja mansión había quedado entreabierta.

Si salía rápidamente de la biblioteca, si cruzaba el vestíbulo de un vuelo, si dejaba atrás la puerta…

No lo pensó más.

Se precipitó hacia la puerta de salida. Una vez salvada ésta lo peor ya habría pasado.

Pero antes de llegar a la puerta se quedó fría, helada, petrificada.

Alguien acababa de colocarse entre ella y la puerta. Alguien

acababa de impedirle la huida.

Era un gigantesco negro.

* * *

Cuando Warren Fennet se enteró de que la muchacha había salido del hotel, frunció el entrecejo.

—¿Adónde ha ido? —preguntó al conserje.

—No me lo ha dicho.

—¿Y usted no se lo ha preguntado? —era un reproche.

—Por falta de ganas no ha sido, pero por temor a ser indiscreto... Me ha dicho —añadió el conserje— que volvería en seguida. No obstante, de eso hace ya rato...

Warren se dirigió de nuevo al despacho de Clifton Bloomtton, el dueño del hotel.

—La señorita Reed ha desaparecido —le dijo, sin tomarse la molestia de andarse por las ramas —. Ya van cuatro.

—¿Cómo...? ¿Que también ella ha desaparecido...? —se atragantó el señor

Bloomtton—. Supongo que bromea...

—¿De veras cree que estoy bromeando? —y por descontado, su entrecejo no dejaba lugar a dudas.

—¡Inadmisible! ¡Inadmisible! — exclamó el señor Bloomtton, sacando el pañuelo y secándose el sudor.

—No debió salir sin decírmelo —repuso Warren seguidamente—. Ha cometido una temeridad que puede costarle caro.

—Mucho me temo que sí.

—Bueno, hay que hacer algo y hay que hacerlo pronto, antes de que sea tarde.

Supongo que es usted de mi mismo parecer.

—Claro que sí.

—Entonces... —y Warren Fennet se plantó decididamente con las

piernas abiertas, en forma de compás, ante la mesa del escritorio—, entonces, ¿por qué no se sincera conmigo de una vez, señor Bloomtton?

—¿A qué viene esto ahora? —se sobresaltó el dueño del hotel, y volvió a secarse el sudor—. No le comprendo…

—Me comprende perfectamente —dijo Warren—. Pero si necesita una aclaración, no tengo inconveniente en proporcionársela. Se trata de que usted ha contratado mis servicios… Se trata de que me paga muy decorosamente… Se trata, y éste es el caso a resolver, de que sus empleadas desaparecen… Hasta aquí no tengo nada que objetar.

Pero hay algo más y usted lo sabe. A eso me estoy refiriendo.

—De veras… no le entiendo… No, no le entiendo…

—¡Basta! —exclamó Warren, dando un puñetazo sobre la mesa—. ¡A mi no me toma usted el pelo, ni nadie! ¡Conque empiece a hablar, es su turno…!

CAPITULO V

Bernard Maxwell tendió un whisky a la muchacha y ella se lo tomó de un trago. Lo necesitaba, aunque sólo fuera para que las rodillas no le temblaran tanto.

—Aquí tiene las quinientas libras prometidas —dijo acto seguido el señor Maxwell, y se las entregó.

Stefanie vaciló un poco, pero luego aceptó los billetes. Pensó que rechazarlos complicarla aún más la situación.

—Mañana empelará a posar —repuso el señor Maxwell— Hoy no, aún está posando la otra señorita.

—¿La otra señorita...? —preguntó Stefanie, recordando a las otras telefonistas que habían desaparecido de la noche a la mañana.

—Espero que se encuentre cómoda entre nosotros —habla eludido la respuesta de la muchacha—. Le aseguro que no tiene motivos para lo contrarió, señorita Reed. Admito que mi manera de retenerla no es muy ortodoxa, pero no lo dude, así que concluya su trabajo yo mismo la llevaré de nuevo al hotel.

—¿Puedo confiar en ello?

—Le empeño mi palabra —y la verdad es que Bernard Maxwell, ni por un momento, ni por un segundo, había perdido su intachable corrección.

Tampoco había dejado su voz habitual, suave, agradable. Una voz que ahora a la muchacha se le antojaba algo así como el silbido de un reptil que fuera arrastrándose lentamente, sigilosamente, dispuesto a lanzarse contra su indefensa presa en el instante menos esperado.

—Job le enseñará su dormitorio —dijo el señor Maxwell—. Abra los armarios, allí encontrará ropa que ponerse.

Supuso que Job seria el mayordomo, pero el mayordomo no era otro que el chófer.

Ambos eran en realidad una misma persona. Se cambiaba de uniforme según fuera el cometido a desempeñar, ésta era toda la diferencia.

Job era el gigantesco negro.

Un negro de más de dos metros de estatura, lleno de músculos, con un tórax impresionante que hubiera envidiado un gladiador.

Vestía pantalones oscuros y camisa a cuadros, de colores vivos, que llevaba arremangada y medio desabrochada.

—Sígame… —oyó que le decía Job.

Titubeó un poco, pero se limitó a obedecer. No sin antes, sin embargo, lanzar una mirada a Henry Dekter, el pintor. Un hombre que daba la sensación de estar allí, en aquella vieja mansión, como cogido en una tela de araña.

Más o menos lo que le estaba pasando a ella, que no se hallaba allí precisamente por su gusto.

Subió la ancha escalera, sintiéndose muy pequeña, casi diminuta, ante la descomunal estatura del negro. Quien, dicho sea de paso, la miraba una y otra vez con una incontrolada admiración.

—Su dormitorio es el último del corredor —le informó Job.

Al pasar ante una de las puertas del susodicho corredor. Stefanie oyó que una mujer lloraba, gemía. Si bien lo hacía calladamente, como a escondidas, sin duda temerosa de que alguien pudiera oírla.

Ya en la habitación que se le destinaba, la muchacha miró hacia la ventana. ¿Sería fácil huir por allí?

Job le leyó el pensamiento.

—Es inútil que lo intente. La ventana está claveteada. Podría romper un cristal, pero haría ruido y lo oiríamos. Además, salir por esa ventana le exigirla un salto excesivo, por lo menos se rompería un par de huesos —pero Job añadió algo más, y lo hizo con estas palabras—: Le interesa tener un amigo en esta casa, señorita Reed. De lo contrario las cosas pueden irle muy mal. Tan mal como le fueron a las otras chicas…

—¿Qué chicas? —inquirió Stefanie.

—¿No le ha hablado de ellas el señor Maxwell? —inquirió a su vez el negro.

—No —negó la muchacha.

—También trabajaban en el hotel. También vinieron aquí y no precisamente a las buenas.

—¿Qué ha sido de ellas? —quiso saber Stefanie, aunque le asustaba la posible respuesta, le asustaba tanto que ya se había

arrepentido de haber hecho la pregunta.

—Se lo he dicho ya, las cosas les fueron mal. Bueno —aclaró—.

no me refiero a las tres, sino a dos de ellas. La tercera todavía está aquí.

—¿Ah, si?

—Esperemos que no haga ninguna tontería a última hora. Esperémoslo por ella, la chica es simpática y bonita. Pero no tan bonita como usted. Usted es preciosa.

Job adelantó una de sus manazas negras y rozó con sus dedos el rostro de la muchacha.

A ella le dieron tentaciones de rehuir aquel contacto, pero temió que hacerlo resultara contraproducente. Así que se quedó quieta.

—Le interesa tener un amigo en esta casa —repitió Job—. ¿Quiere que lo sea yo?

—Acabo de llegar, y me siento aturdida, desconcertada —replicó Stefanie—. Es demasiado pronto para que sepa lo que quiero.

—Bueno…, bueno… —y retiró los dedos negros, enormes, del fino cutis de la muchacha—. ¡Ah, un consejo! —le advirtió—. Lleve la corriente al señor Maxwell. Si lo hace así, de momento todo irá bien. No haga nada que pueda enojarle. Cuando se enoja…

—¿Qué pasa entonces?

—Se convierte en un hombre malvado, perverso, maquiavélico. Su crueldad es entonces tan refinada, tan infernal, tan alucinante, que una mente normal no puede llegar a imaginar…

—Si el señor Maxwell es como usted dice, ¿por qué está a su servicio? —el miedo lo tenía metido en los huesos de la espalda, y le recorría las vértebras, una a una—. Porque usted le sirve, ¿no?

—Sí —afirmó Job—. Le sirvo desde hace años, desde antes de que su esposa muriera

de aquel modo tan trágico.

—¿De qué modo…? —le veía propenso a hablar.

—Fue algo horrible, espantoso —repuso Job— Pero vale más no recordar aquello, ya no sirve de nada hacerlo. Pues sí, desde anees de

esa desgracia sirvo y obedezco al señor

Maxwell, y le obedezco a rajatabla, sin rechistar. Lo hago así porque le debo la vida.

—¿Si...? —preguntó, deseosa de que Job siguiera hablando.

—Hizo un viaje al África, allí le conocí. Sí, me salvó la vida. A no ser por él los cocodrilos hubieran acabado conmigo. Le debo fidelidad absoluta, se la juré, hasta el reato de mis días. Pero con usted, señorita Reed, estoy hablando más de la cuenta...

Stefanie no dijo nada en esta ocasión y Job volvió a adelantar su manaza negra. Esta vez la dirigió hacia el cuello de la muchacha, cuya piel acarició levemente...

—Me he referido a la maldad, a la perversidad del señor Maxwell. No tenia que haberlo hecho. Nadie, a no ser yo, sabe en realidad cómo es... He debido ante usted, una desconocida, seguir callando...

Retrocedió la manaza negra y Stefanie, en parte, volvió a recuperar el ritmo más o menos normal de su respiración.

—Es que... —siguió diciendo Job. y era como si intentara disculparse consigo mismo— nunca una mujer me había gustado tanto como usted, señorita Reed. Y no, no quisiera que las cosas pudieran irle mal... Y así, previniéndola...

Se oyó que alguien subía la escalera. Era el chófer, o el mayordomo, como se prefiera.

Job consideró oportuno concluir con la conversación. Antes, no obstante, dijo a la muchacha:

—La dejo. Sin duda preferirá estar sola un rato.

Stefanie tuvo la sensación de que Job. a pesar de su aspecto a la vez, impresionante y amenazador, era la mejor persona que, de momento al menos, había encontrado en aquella casa.

* * *

La muchacha se había quedado en el dormitorio, sin atreverse a salir. Sin atreverse a dar un solo paso.

Así fue pasando la mañana y aclarándose el día, que no obstante siguió frío y húmedo.

Stefanie había mirado más de una vez a través de la ventana, pero aquella altura no daba opción, verdaderamente, a pensar en una huida. Además, que como le dijo Job. La ventana estaba claveteada. Como no fuera rompiendo uno de los cristales, no podía haber forma de arreglárselas.

El panorama, la perspectiva, resultaba desde allí sumamente sugestiva. A ello contribuía principalmente el frondoso bosque que rodeaba la loma. En la carretera, relativamente cerca, aparecía en solitario el hotel de Clifton Bloomtton. Ya a lo lejos se veía la localidad de Garmesppon.

Llamaron a la puerta con los nudillos.

Stefanie se sobresaltó. En el silencio de su habitación se hubiera sobresaltado hasta con el vuelo de una mosca.

—¿Puedo pasar? preguntó una voz de mujer.

—Pase... —la muchacha tragó saliva antes de decirlo.

Se abrió la puerta, dejándose ver el ama de llaves, la señora Adams.

—La estamos esperando en el comedor —le comunicó—. El almuerzo va a ser servido.

—Ahora mismo bajo —acertó a decir Stefanie.

La señora Adams se quedó quieta, parecía vacilar. Finalmente optó por cerrar la puerta, quedándose ella dentro. Entonces dijo:

—No juzgue con excesiva severidad al señor Maxwell. Y. por favor, no esté asustada, no hay motivo para ello —bajó la voz y añadió—: Así que pueda, yo le explicaré su pasado... Entonces le comprenderá, aunque sólo sea en parte, claro.

Por lo visto no deseaba decir nada más, pues abrió la puerta y salió de la habitación.

Stefanie armó de ánimos, de valor, y salió tras ella. Antes o después tenía que decidirse a hacer algo, a abandonar aquella pasividad que no podía llevarle ni conducirle a ninguna parte.

Ya en el espacioso comedor de la casa, con la mesa servida. Stefanie conoció a una muchacha rubia, y bonita, de ojos azules. Una muchacha que mostraba evidentes signos de crispada tensión en los rasgos de su cara.

Stefanie pensó que debía ser ella la que había oído que lloraba, que gemía.

—Se llama Sandra —se la presentó Bernard Maxwell—. Es la actual modelo… Pero el cuadro quedará concluido hoy, así que mañana ya le tocará a usted, señorita Reed.

Se sentaron a la mesa.

Stefanie. Sandra y Bernard Maxwell. También el ama de llaves tenía un puesto allí.

Como asimismo lo tenía Henry Dekter, el pintor.

Fueron cinco personas, pues, a degustar los escogidos platos que el mayordomo les fue sirviendo.

—Está exquisito, ¿verdad, señora Adams? —y Bernard Maxwell se dirigió así, en más de una ocasión, al ama de llaves—. Felicite a la cocinera en mi nombre.

—Así lo haré, señor —habla de contestar invariablemente aquella mujer de unos cuarenta y cinco años, vestida de negro, con el cabello oscuro en un severo moño.

Una mujer que, cuanto Stefanie más la miraba, más se convencía de que no estaba a gusto en aquella casa.

De pronto. Bernard Maxwell se llevó las manos al pecho e hizo un gesto de vivo dolor.

—Tómese la píldora, señor —se apresuró a decirle la señora Adams.

Sacó un pequeño frasco del bolsillo de su vestido negro, lo destapó y se lo ofreció a su señor. Este puso una pastilla en la palma de la mano. De allí la pastilla pasó a su boca. Se la tragó seguidamente con un poco de agua, instantes después se encontró ya bien.

Ninguno dijo nada.

Por lo que respecta a Sandra, desde el primer plato al último apenas pronunció un par de palabras. Su mutismo fue casi total. Pareció limitarse a mirar a unos y a otros, a codos, con incontenible recelo.

Henry Dekter, por su parte, se esforzó por no causar mala impresión a la nueva invitada, tal vez consciente de que era eso lo que

estaba esperando de él Bernard Maxwell.

En cuanto al propio señor Maxwell, actuaba con absoluta naturalidad. Como si todo aquello fuera cocal y absolutamente lógico y correcto.

Ya se habían levantado de la mesa, después de tomar el café, cuando el señor Maxwell se dirigió una vez más al ama de llaves. Esta vez para decirle:

—Enseñe la casa a la señorita Reed. Haga el favor, señora Adams.

—SI, señor —asintió el ama de llaves. Acto seguido se volvió hacia la muchacha—. ¿Quiere acompañarme...? Le gustará la casa...

Le hubiera gustado, tal vez, en otras circunstancias. No en aquella, en que se sentía atrapada de un modo lamentable, absurdo y también terriblemente inquietante.

Lo que más llamó la atención de Stefanie fue una de las estancias de la planta baja, no por la escancia en si misma sino porque sus paredes se hallaban adornadas de espadas.

Desde luego de muy distinta forma y tamaño. Las había para todos los gustos.

—El hobby del antiguo propietario — le hizo saber la señora Adams— era coleccionar espadas, como puede ver... Yo creo —opinó seguidamente- que el señor Maxwell se decidió a adquirir esta mansión porque al llegar a esta estancia se sintió poseído por la fuerza inexorable del pasado...

—Me dijo usted —le recordó Stefanie— que me hablarla del pasado del señor

Maxwell.

—Si, si... -asintió la señora Adams—, y voy a hacerlo. No quiero que juzgue demasiado mal a mi señor.

—No puedo juzgarle demasiado bien -repuso la muchacha—. Me tiene aquí prisionera, lo que no es ningún secreto para ninguno de los que se hallan bajo este techo. Lo curioso es que lo aceptan como si no estuviera sucediendo nada.

—El señor Maxwell paga generosamente a quienes le sirven con discreción. ¿Y qué mejor discreción que hacer ver que no se dan cuenta de nada?

—Hábleme del señor Maxwell, de su pasado... —insistió Stefanie —. Quizá después de oírla me sienta más benevolente.

—Mi señor tenía una esposa joven y preciosa - empezó a explicar la señora Adams—. De eso hace ya unos cuantos años. Por aquel entonces —puntualizó— yo no era aún su ama de llaves. Mabel... Mabel... —dijo y repitió el nombre—. Así se llamaba su esposa.

Un día, un nefasto día, conoció a otro hombre...

Se detuvo unos segundos. Pero muy pocos.

—Se enamoró de ese hombre y fue infiel a su marido. Pero el señor Maxwell la amaba demasiado para desconfiar de ella, así que no sospechó nada. Pero un tiempo después —prosiguió la señora Adams —. Mabel se desengañó de aquel hombre que tanta pasión le había hecho sentir y deseó volver a ser feliz junto a su marido. Pero quiso una felicidad en cieno modo merecida y consideró que para eso antes debía decir a su marido que le había traicionado.

—¿Y se lo dijo? —preguntó la muchacha.

—Sí, en una estancia de su residencia de Londres. Una estancia que, como ésta, tenía adornadas las paredes con espadas.

—¿Qué sucedió?

—Una vez confesada su culpa. Mabel pidió al señor Maxwell que le perdonara. Le aseguró que si no lo hacía cogería una de esas espadas y se atravesaría con ella.

—¿Y...?

—El señor Maxwell le dijo que la odiaba, que la maldecía. y que no la perdonaría jamás. Pero el señor Maxwell la adoraba, la idolatraba. y estaba dispuesto a perdonarla.

—El ama de llaves había de añadir—: Resultó lamentable que Mabel no acertara a comprenderlo así... En fin, que creyendo que el perdón no le llegaría nunca, desesperada, hizo lo que había dicho... Lo que, por lo que me han contado, ninguno de los presentes creía que fuera capaz de hacer.. Descolgó una de las espadas, se puso la punta en el estómago y de pronto, cobrando impulso, se atravesó con ella

La señora Adams volvió a detenerse unos instantes.

—Mabel murió, y el señor Maxwell hubiera querido que la tierra se abriera y le tragara. A partir de entonces se resintió su salud,

enfermó gravemente del corazón. Y bueno —prosiguió la señora Adams—, ahora sólo falta que le cuente lo del cuadro...

Una nueva pausa, sin que Stefanie dijera nada. No era indudablemente el momento de intervenir.

—Poco antes de matarse, Mabel se había hecho pintar... El cuadro había resultado magnifico, excepcional. ¡Allí surgía toda su juventud y su belleza! Se dejó pintar como había ido a un baile de disfraces, con una túnica blanca y una guirnalda de llores rojas en la cabeza...

—¿Una túnica blanca, con una guirnalda de flores rojas en la cabeza? —Stefanie volvió a recordar, angustiada y estremecida, lo que viera a través de los prismáticos.

—Hará cosa de un año hubo un incendio en la residencia del señor Maxwell — continuó diciendo la señora Adams— y el cuadro se quemó. Desde entonces el señor Maxwell desea tener un cuadro como aquél... Por eso busca muchachas y las hace pintar... No cejará hasta conseguir el parecido que busca... ¿Me ha comprendido, señorita Reed?

Stefanie no respondió. Acababa de presentarse Thomas, el mayordomo. El hombre joven, de rasgos irregulares, que por la mañana conoció como chófer del señor Maxwell.

—La cocinera tiene algunas dudas respecto a la cena de esta noche, señora Adams — dijo Thomas — . Desea saber si puede usted ir.

—Ahora mismo —respondió el ama de llaves.

—¿Desea que siga yo ensenándole la casa a la señorita Reed? —se ofreció Thomas.

—Sí, hágalo. —Pero la señora Adams añadió—: Bueno, en realidad ya lo ha visto todo.

Ahora le estaba enseñando esta estancia.

—Atenderé a la señorita Reed —repuso Thomas—. Puede irse tranquila, señora Adams.

El ama de llaves se retiró.

La muchacha había comprendido que Thomas quería quedarse a solas con ella, pero no podía imaginar por qué y para qué deseaba eso.

No tuvo que esperar mucho para saberlo.

—Dígame... —empezó a decir el mayordomo chófer del señor Maxwell—. ¿qué sabe usted de las otras jóvenes? Me refiero a las jóvenes que antes que usted trabajaban como telefonistas en el hotel.

A Stefanie le sorprendió la pregunta. No se la esperaba, había dado por sentado que todos, allí, en la vieja mansión, sabían de qué iba el asunto.

No obstante, a juzgar por la expresión del sirviente, éste no tenía la menor idea de la suerte que tales muchachas hubieran podido correr.

Le respondió, mientras le miraba fijo para no perderse su reacción:

—Sólo sé que han desaparecido y que no se las encuentra por ninguna parte. La policía las está buscando.

—¿No sabe nada más...? —Thomas se había puesto muy pálido.

—Es extraño —comentó Stefanie—. Usted, por su cuenta, ha podido informarse, ¿no?

—No he podido hacerlo —repuso Thomas—. Hubiera llamado la atención que. Sin motivo aparente, abandonara la mansión. He preferido ser discreto, ¿se hace cargo?

Nunca se sabe cómo puede complicarse tal o cual situación.

—Esta no es agradable para mí —apuntó Stefanie—. Bien mirado tampoco para usted, pues si usted encubre al señor Maxwell y luego resulta que las chicas desaparecen... La situación, indudablemente, resulta comprometida.

La mirada de Thomas había quedado clavada en una de aquellas paredes.

—Habían más espadas... —le oyó murmurar- . Han desaparecido seis.... siete.... no, ocho... Dese cuenta, señorita Reed, se nota en el color del empapelado que han sido sacadas de su sitio.

—Sí, es cierto —asintió la muchacha reparando en lo que el sirviente le había hecho notar.

—¿Quién ha podido quitarlas? ;Y con qué finalidad lo habrá hecho...? —el rostro de Thomas estaba cada ver más pálido.

En aquel momento, a través del ventanal de aquella estancia. Stefanie vio a alguien.

Pasó corriendo.

—¿Quién es ese niño…? —preguntó la muchacha.

A través de los cristales había visto a un niño de unos diez años.

—Es el hijo de la cocinera —le hizo saber Thomas—. Al señor Maxwell no le ha importado que viniera a pasar unos días aquí, con su madre.

Stefanie no pudo menos de recordar a aquel niño que, desde la ventana de su habitación del hotel, vio dos veces consecutivas correr, escapar entre la niebla.

CAPITULO VI

—¡Basta! —había exclamado Warren, dando un puñetazo sobre la mesa del escritorio—. ¡A mi no me toma usted el pelo, ni nadie! ¡Con que empiece a hablar, es su turno….!

Pero Clifton Bloomtton, aunque sudando como un condenado a la última pena, se había negado a hablar. Aseguró una y otra vez que no tenía nada que decir.

Warren Fennet pudo afirmar que si persistía en aquella absurda postura, él se negarla a seguir prestándole sus servicios como detective. Sin embargo consideró que quizá fuera preferible que antes de lanzar un ultimátum se informara respecto a ciertos pormenores.

Debidamente asesorado, la trayectoria a seguir sería mucho más simple.

Warren, pues abandonó el despacho, salió del hotel, subió a su coche y arrancó. Sin decir, por descontado, a dónde iba.

Regresó a eso de las cuatro de la tarde.

Ya de nuevo en el hotel, se dirigió directamente al despacho. Allí seguía estando Clifton Bloomtton tras su mesa de escritorio como si en todas aquellas horas no se hubiera movido.

—Aquí me tiene —dijo Warren.

El señor Bloomtton pareció aliviado al volver a verle. Dio la sensación de respirar más a gusto teniéndole a su lado.

—¿Adónde ha ido? —le preguntó.

—Antes de responderle yo, preferiría que lo hiciera usted. Dígame, señor Bloomtton, ¿qué le dice el nombre de Mabel…?

Cayó de brazos sobre la mesa del escritorio, desplomado. Como si de pronto todo se hubiera derrumbado para él.

—Mabel… Mabel… —pronunció el nombre una y otra vez.

—Será mejor que me lo explique todo repuso Warren—, de lo contrario cabe que sea usted la próxima víctima.

—Sí, si se lo voy a explicar —asintió. Y tras incorporarse un poco, añadió—: Me resistía a creer que todo lo que me sucede tuviera que ver con el pasado… Ya veo que… Usted acaba de mencionar a Mabel…

—Cuénteme lo que pasó.

—Debe ya saberlo.

—Si. Pero me interesa que me lo explique usted. No me fio de los meros comentarios.

—Hace dos años de eso —empezó a referir el señor Bloomtton—. Conocí a Mabel en un baile. Era una joven preciosa, y desde el primer momento me sentí cautivado por ella.

Luego me enteré de que estaba casada con Bernard Maxwell, un hombre mayor, fabulosamente rico. Le aseguro, señor Fennet, que quise olvidarme de ella...

—Por lo que me han contado no lo consiguió. Prosiga.

—No. no pude arrancarla de mis pensamientos, y eso que yo siempre había sido un hombre inconsciente, superficial, muy práctico, que nunca se tomaba nada en serio. En fin volvimos a vemos y acabamos siendo amantes.

—Siga...

—Pero yo estaba asustado, ésta es la verdad. Bernard Maxwell amaba, adoraba a su esposa. Tanto y de tal modo, que a menudo decía que antes de perderla prefería morirse.

No era una mera frase, sentía honda y profundamente lo que decía. Y eso hacía que yo notara escalofríos en su presencia. Si se enteraba de que le estaba robando a su mujer, ¿cómo reaccionaría?

—Era de suponer que mal —intercaló Warren.

— Yo era por aquel entonces un hombre arrogante, apuesto, con bastantes menos kilos de los que tengo ahora, y las mujeres eran algo fácil para mí, tenía para elegir.

Siendo así, ¿por qué complicarme la vida con una mujer casada cuyo marido podía matarme?

—Una pregunta muy sensata —dijo Warren.

—En conclusión, decidí terminar con ella. Pero Mabel se había enamorado de mí e hizo los imposibles por retenerme. Seguimos viéndonos. en realidad no sabía cómo quitármela de encima. Bueno, abreviando, llegó un día en que le dije que lo nuestro había acabado. Se lo tomó aceptablemente, debía estar esperándolo.

—¿Y bien...?

—Fue entonces cuando le confesó a su marido que le había traicionado conmigo...

Bernard Maxwell —agregó— no fue capaz de perdonarla y ella se mató de un modo horrible.

—Eso me han dicho.

—Se atravesó con una espada...

—Debió resultar un espectáculo espantoso.

—Poco tiempo después me encontré cara a cara con Bernard Maxwell, un hombre correcto, de intachables modales, con una voz suave y agradable. No olvidaré lo que me dijo. No lo olvidaré ni aunque viva mil artos.

—¿Qué le dijo?

Antes de responder, Clifton Bloomtton tuvo que levantarse y servirse un brandy doble.

Servírselo y tomárselo, por descontado.

—Lamentarás haber nacido, desearás esta muerte. Estas fueron sus palabras. Unas palabras pronunciadas con voz bronca, hiriente, rasgada. No parecía él... Pero era él, y estaba ante mí mirándome con inusitado odio para que no pudiera dudar de que aquello era cierto.

Pasados unos minutos, minutos que le concedió para que el aliento entrara un poco mejor en sus pulmones. Warren preguntó al señor Bloomtton:

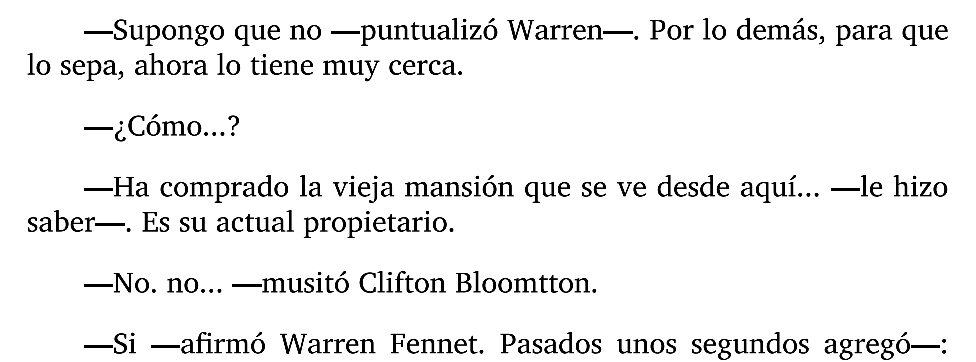
—¿Y desde entonces no ha vuelto a verle?

—No, así que poco a poco había ido tranquilizándome. Además que...

—¿Qué? —inquirió Warren.

—Me dijeron que estuvo viajando por los Estados Unidos y que se había casado de nuevo. Desgraciadamente eran meras habladurías; regresó solo, como se había ido. Aun así como le decía, al pasar el tiempo y no saber más de él, había ido tranquilizándome...

Pero pecaba de optimista, ya me doy cuenta. Bernard Maxwell no olvida...



—Supongo que no —puntualizó Warren—. Por lo demás, para que lo sepa, ahora lo tiene muy cerca.

—¿Cómo...?

—Ha comprado la vieja mansión que se ve desde aquí... —le hizo saber—. Es su actual propietario.

—No. no... —musitó Clifton Bloomtton.

—Si —afirmó Warren Fennet. Pasados unos segundos agregó—: Así, que ahora le tiene muy cerca. Sin duda demasiado.

—He dejado de estar asustado —confesó el señor Bloomtton — para sentirme aterrorizado.

—¿Qué teme realmente? —preguntó Warren—. Dígamelo. Cuanto más me facilite el camino a seguir, más se estará ayudando a sí mismo.

—No sé exactamente lo que temo —dijo—. Pero estoy convencido de que la desaparición de mis tres anteriores empleadas, y últimamente de la señorita Reed, tiene que ver con el pasado... Con el pasado y con la amenaza que pesa sobre mí como una losa mortuoria.

—Bueno, de momento ya hemos hablado suficiente —zanjó Warren Fennet—. Hay que poner manos a la obra.

¿Qué va a hacer...? —inquirió Clifton Bloomtton—. A mí no se me ocurre por dónde empezar.

—Pronto habrá oscurecido —constató Warren—. Cuando llegue ese momento, estaré en lo alto de la loma, junto a la vieja mansión. Entonces observaré todo aquello con detenimiento, y sin duda daré con algún detalle significativo. Se trata, ante todo, de saber dónde se encuentra la señorita Reed.

—Y las otras tres chicas —puntualizó el señor Bloomtton.

—Sobre todo la señorita Reed —repuso Warren—. Mucho me temo que sea un poco tarde para preocuparse por las otras. De todos modos, haré lo que pueda.

—Así que sepa algo vendrá a informarme, ¿verdad que si?

—Naturalmente. Es usted quien me ha contratado.

* * *

Era ya de noche.

Una noche más fría, húmeda, llena de niebla. De una niebla que confería un ambiente fantasmal a la vieja mansión.

Warren Fennet no había llegado hasta la explanada, se había quedado escondido, camuflado, entre los árboles del bosque. Desde allí, no obstante, podía observar bien, con cierto detenimiento, lo que sucedía.

De momento no sucedía nada.

Las luces de la vieja mansión estaban encendidas. Sus moradores no se habían acostado todavía. Bien mirado, cosa lógica, pues aún era relativamente temprano.

Seguiría allí hasta que todo estuviera a oscuras. Entonces se acercaría a la vieja mansión e intentaría, de una forma u otra, meterse dentro.

Sin duda lo conseguiría. Era experto en tales menesteres.

Si Stefanie se hallaba en la mansión, tenía que encontrarla, tenía que dar con ella. Se trataba de sacarla del atolladero lo antes posible, antes de que fuera tarde.

Aunque quizá estuviera deduciendo con excesiva rapidez y Stefanie no se hallase allí.

Pero sí, seguro que Bernard Maxwell era el responsable de su desaparición. Seguro que la tenía en su poder.

¿Con qué objeto?

¿Con qué finalidad?

Eso no lo sabía. No podía saberlo todavía. Pero no tardaría en averiguarlo.

CAPITULO VII

Llegó la hora de acostarse y Bernard Maxwell dijo que debían retirarse a sus respectivas dormitorios.

Cuando decía algo, todos acataban su mandato sin objetar nada. Aunque su voz, siempre suave y agradable, no hubiera dado opción a considerar que se tratara ciertamente de una orden.

En esta ocasión, sin embargo. Henry Dekter se permitió solicitar permiso para echar una mirada al cuadro de Sandra, que había quedado ya concluido.

—No tiene por qué ir ahora —repuso Bernard Maxwell—. Ya lo mirará mañana a la luz del nuevo día.

—Como usted diga —acató Henry Dekter, no atreviéndose a insistir.

—Ya no tendré que posar más, ¿verdad? —quiso saber Sandra.

Stefanie vio que en el fondo de sus ojos azules había un pánico exorbitante, descomunal. Intentaba ocultarlo, pero sus esfuerzos resultaban deplorables y lastimosos.

—No. ya no tendrá que posar más —dijo Henry Dekter, él con un tono inseguro, vacilante.

—Que descansen repuso seguidamente el ama de llaves.

—Hasta mañana, señora Adams —dijo a su vez el señor Maxwell. Y amplió—: Buenas noches a todos.

Stefanie se dirigió hacia la escalera, empezando a subirla, mientras Sandra, con la misma expresión de pánico en sus ojos, la seguía.

Al pie de la escalera quedó Thomas, el mayordomo-chófer. Quien en esta ocasión no exteriorizaba nada, igual que si se hubiera cubierto el rostro con una careta.

No así Job, el negro gigantesco, que asimismo, desde el amplio vestíbulo, seguía con la mirada a Stefanie. Era la suya una mirada acariciadora, sumamente expresiva.

Ya en su habitación. Stefanie cerró el pestillo de la puerta. Esto lo primero. Quería sentirse lo más tranquila posible.

Aunque no podría estar tranquila mientras no consiguiera

escaparse de la vieja mansión. Y esto, desde luego, no lo tenía nada fácil. Por el contrario, lo tenía dificilísimo.

Sin embargo, todos le habían tratado como si verdaderamente no estuviera allí recluida a la fuerza, había sentido la impresión de que podía marcharse así que lo deseara.

Ficticia impresión, por descontado. Así que por un par de veces se acercó a la puerta de salida, Job. el negro gigantesco, se le puso por delante. Por lo visto Job era el encargado de que nadie saliera de allí sin el consentimiento del señor Maxwell.

Ya cerrada la puerta del dormitorio, la muchacha miró a su alrededor. Si hubiera una salida... Pero sólo había una ventana claveteada.

Stefanie se quitó los zapatos y se echó vestida en la cama. Se cubrió solamente con la colcha. Estaba segura de que no podría dormirse.

Pero estaba muerta de cansancio, y de sueño. No en balde la noche anterior se la había pasado sin pegar ojo.

Lo cierto es que los párpados le pesaban como si fueran de plomo, y que se le fueran cerrando, y que pocos instantes después se había ya dormido.

Sin embargo, se despertó en seguida.

Entonces oyó un ruido, como de pasos.

Ese ruido era sin duda el que le había despertado.

No se movió de la postura en que estaba, girada de lado hacia la derecha. Sólo entreabrió los ojos y agudizó el oído.

Aunque entreabrió los ojos, poco pudo ver. A través de los cristales de la ventana sólo entraba oscuridad. Pero sí le sirvió de algo agudizar el oído.

Volvió a sentir pasos.

Pero esos pasos, que al principio se hizo la ilusión de que se oían fuera, en el corredor, ahora se dio cuenta de que sonaban en su mismo dormitorio.

Le dio un vuelco terrible el corazón, pero optó por hacer ver que seguía durmiendo. No estaba muy segura de que éste fuera el modo

más acertado de actuar, pero de momento al menos no se sintió con valor para hacer otra cosa.

Los pasos siguieron acercándose a su cama, hasta que, ya allí mismo, se detuvieron.

Ella seguía respirando rítmicamente, para no traicionarse. Pero el corazón le iba como un tambor.

Notó cómo una mano se acercaba a sus cabellos. Estuvo a punto de respingar.

La mano tocó sus cabellos, acariciándoselos suavemente.

¿Le bastaría con hacer eso...?

Stefanie no se hacía excesivas ilusiones, hubiera resultado absurdo, ridículo. Aun así, siguió quieta, respirando rítmicamente.

En eso, la mano del hombre...

¿De qué hombre?

Stefanie estaba pensando en Job, el negro gigantesco. O en Thomas, el mayordomo-chófer. O en Henry Dekter... Y también tenía en el pensamiento al propio Bernard

Maxwell.

En eso, la mano del hombre no se conformó con acariciar sus cabellos y fue hacia su escote.

Empezó a desabrocharle el vestido.

Stefanie ya no pudo seguir quieta. Se volvió hacia la persona que. de la forma más insólita, más increíble, se había metido en su habitación.

Sí, de la forma más increíble, más insólita, porque el cerrojo de la puerta seguía cerrado.

Al ver quién era aquel hombre. Stefanie ahogó un grito de irrefrenable horror, de inconmensurable espanto.

Era Bernard Maxwell quien la miraba como un loco a través de la oscuridad de la estancia.

Pero el horror, el espanto, fueron motivados por algo más que la presencia del señor Maxwell.

Ella esperaba encontrarse ante un ser humano. ¡Pero lo que estaba viendo sobrepasaba, desbordaba espeluznantemente la definición que de un ser humano pueda uno hacerse!

La piel de aquel rostro y de aquellas manos se despegaba de su correspondiente carne, y la carne se desprendía de los huesos y los huesos asomaban de un modo aterrador, pavoroso, alucinante.

¿Qué explicación podía tener aquello?

Poco antes el señor Maxwell era una persona normal.

Stefanie pensó que quizá la oscuridad le estaba jugando una mala pasada. Así que alargó la mano hacia la mesita de noche, hacia la lamparita.

La encendió.

Pero la luz sólo contribuyó a que todo aquello resultara aún más tenebroso, más horripilante.

Con luz, vio mejor cómo la piel de aquel rostro y de aquellas manos se despegaba de su correspondiente carne, y cómo la carne se desprendía de los huesos, y cómo los huesos asomaban de un modo que cortaba el aliento, la respiración. ;Vio tan bien el horrendo espectáculo, que poco le faltó para creer que había perdido la razón!

—No sale de su asombro, señorita Reed —dijo el señor Maxwell — . No sale de su perplejidad... Me hago cargo... Me hago cargo...

—¿Qu6 le ha sucedido? —preguntó Stefanie.

—Nada

—¿Cómo nada...?

—Hace tiempo que vivo así.

—Pero, ¿qué dice...?

—Me han visitado los mejores doctores, pero no hay nada que hacer... Yo, yo... — repuso Bernard Maxwell— he acabado resignándome... Mi único consuelo estriba en hacer el amor con muchachas jóvenes y guapas como usted, señorita Reed.

Ante el avance de aquellas manos horribles, Stefanie retrocedió. Acabó saliendo por el otro lado de la cama.

—Dice que hace tiempo que vive así... —repuso la muchacha, de

momento consiguiendo mantener cierta distancia entre ambos—. ¡Pero si hace poco estaba usted bien, no le sucedía nada!

—El hombre que usted cree que es Bernard Maxwell es sólo un asalariado mío…

Alguien que suplanta mi personalidad y cuya única misión es hacer que muchachas tan bonitas como usted puedan ser sabrosos bocados para mí…

Dicho esto, dio la vuelta a la cama y se fue acercando despacio a la muchacha. Sus gestos eran lentos, pero seguros e inexorables. En el loco pero contenido brillo de sus ojos había una absoluta seguridad de que la presa era ya suya.

—No me tenga miedo, señorita Reed… Yo pago muy bien a las muchachas que se acuestan conmigo… Pago tan bien que todas se quedan contentas… Aunque algunas — reconoció— no aciertan a soportarme… Estas, las que no aceptan los hechos, acaban mal, mal… Yo no permito que nadie me rechace…

Stefanie se había dado cuenta de que ese hombre no tenía la voz suave y agradable.

Ni mucho menos.

En efecto, ese hombre no era aquel otro que ella había supuesto que era Bernard Maxwell. Aunque se parecían, y mucho.

—Va a ser comprensiva, ¿verdad que si, señorita Reed? —se había acercado tanto que ya casi la rozaba— Hágase cargo, yo no tengo la culpa de que esta enfermedad me convierta en algo tan poco grato… Ni tengo la culpa de que mi enfermedad sea contagiosa…

—¿Queeeé…? - inquirió Stefanie, mientras una angustia enorme presionaba su pecho, lo mismo que si una mano enorme y despiadada se lo aplastara—. ¿Esto que le sucede es contagioso?

—Sí, lo es —asintió el hombre—; no quiero engañarla. Yo no he engañado nunca a ninguna muchacha. Si se acuesta conmigo, ha de ser porque acepte los riesgos… Riesgos no excesivos, estoy convencido de ello a pesar de lo que dice el doctor…

Adelantó sus manos, queriendo sujetar el cuerpo femenino.

Stefanie retrocedió con presteza y con horror. Desde luego no se veía capaz de aceptar una proposición de tal índole. Antes preferirla

cualquier cosa.

Debió adivinar lo que estaba pensando, porque el hombre le dijo:

—Si me rechaza le espera lo peor... Y lo peor es, qué duda cabe, el final de todo. El final de todo —aclaró— es la muerte.

—No me toque, váyase... —jadeó Stefanie.

—Pienso quedarme y compartir contigo esta noche... Será sin duda una noche maravillosa...

Las manos horribles le alcanzaron y de pronto sintió junto al suyo aquel rostro cuya piel se despegaba de su correspondiente carne, y cuya carne se desprendía de los huesos, y cuyos huesos asomaban...

Stefanie se puso a gritar.

Tan desaforadamente, que sus gritos se convirtieron en auténticos y horripilantes alaridos.

Entonces se despertó.

* * *

Todo había sido una pesadilla.

Nada de aquello había sucedido de verdad.

Se despertó mojada de sudor, temblando, y sintiendo como cañonazos cada uno de los latidos de su corazón. El pecho le subía y le bajaba de una forma verdaderamente desmesurada.

Pensó que debía tranquilizarse.

Pero acababa de oír algo...

Y esta vez estaba despierta.

Se incorporó en la cama, queriendo captar de dónde llegaba aquel ruido. Un ruido como de mueble que se arrastra.

No tardó en darse cuenta de que el armario se estaba desplazando de lugar. Sin duda impulsado por algún resorte, pues era demasiado grande y pesado para que estuviera moviéndose por el simple hecho de que unas manos lo empujaran.

Con el aliento cortado, con la respiración detenida, agrandó las

pupilas, en medio de la oscuridad. Una oscuridad, empero, no tan profunda como la que sus ojos contemplaban en el sueño. En su pesadilla apenas se veía nada.

Ahora si, entraba bastante claridad a través de los cristales de la ventana. Por lo menos la suficiente como para que las siluetas se apercibieran con cierta nitidez.

El armario dejó de moverse, pero había quedado un espacio libre. Allí había alguien.

Del susto, Stefanie se vio dando un salto fuera de la cama y quedando descalza sobre el suelo. Pero ni siquiera notaba la frialdad de las baldosas.

Y fue retrocediendo hasta quedar pegada de espaldas a una de las paredes.

¿Esperaba una aparición espeluznante, como la que tuvo en sueños?

Desde luego no se esperaba que le contaran un cuento de hadas.

Pasaron un par de minutos y la persona que estaba allí seguía sin dejarse ver.

Pero la muchacha ola su respiración. Era honda, profunda, y terriblemente jadeante.

Terminó encontrando ánimos, en medio de un miedo ansioso y tremolante, para acercarse al armario. Para acercarse al armario al paso que el mueble había dejado expedito al moverse de sitio.

Ya allí, no se atrevió a dar un paso más. No obstante, aún le quedaron arrestos para alargar la mano en el vacio...

Su mano fue sujetada por otra.

Stefanie ahogó un grito.

—No grites —oyó que le decía Sandra.

Porque era Sandra, la muchacha rubia y de ojos azules, quien estaba allí.

—¿Eres tú...?

—Si, soy yo —y se atrevió a entrar. Acto seguido había de explicarle—: Temía que no estuvieras sola... Quería asegurarme...

—Yo temía que fuera otra persona —dijo Stefanie a su vez, respirando ya algo más aliviada.

—Voy a huir… —Sandra seguía jadeando—. Y he querido preguntarte si quieres huir conmigo…

—¿Cómo vas a conseguirlo? — preguntó Stefanie—. Me temo que te falle la tentativa.

—No, no… —dijo Sandra—. Lo tengo todo bien organizado. Una persona me ayuda, ¿comprendes?

—¿Quién es esa persona? — quiso saber.

Sandra se limitó a decir:

—Casualmente he dado con el resorte que hace que tu dormitorio comunique con el mío. Gracias a esto —añadió— ahora puedes huir conmigo si quieres… Los de la casa ni siquiera deben saber que existe este pasadizo. De lo contrario no me hubieran dado esa habitación. Debe ser cosa del antiguo propietario.

—Supongo que Sí admitió Stefanie.

—Bueno, qué. ¿huyes conmigo o no?

—¡Claro que si! —exclamó Stefanie —. ¿Pero cómo saber que tu plan es bueno?

Fracasar significaría que nuestra situación empeorara…

—¿Aún más? —ironizó Sandra, en medio de su persistente jadeo —. Eso ya no cabe para mí… El cuadro que me han hecho está ya concluido, ya no es preciso que pose más.

—¿Y eso significa algo malo? —inquirió Stefanie —. Supongo que sí. por el tono que lo dices…

—Significa que me ha llegado la hora de morir. Por eso voy a huir esta misma noche.

Anda, vámonos…

Stefanie vaciló unos instantes.

Unos brevísimos instantes.

Y bastó esa pérdida de tiempo para que sucediera algo que había de dar al traste con todo aquello a lo que, a pesar de sus reparos,

estaba dispuesta.

Porque evidentemente estaba dispuesta a huir, o al menos a intentarlo.

¿Qué es lo que sucedió?

Alguien llamó a la puerta de la habitación. Alguien que por lo visto había oído voces y deseaba saber qué pasaba allí.

—¿No duerme, señorita Reed? —era la voz de Job, el gigantesco negro.

Antes de que Stefanie pudiera evitarlo, Sandra se había escurrido tras el armario.

Y como sea que accionara de nuevo el resorte, el armario se puso de nuevo en su sitio.

Stefanie volvió a encontrarse sola. En realidad más trágicamente sola que nunca.

—Sí, ya estoy casi dormida —acertó a responder a la pregunta que Job le había hecho.

—Buenas noches, señorita Reed.

CAPITULO VIII

Warren Fennet seguía en su lugar de observación. Aún no se había decidido a salir de allí.

La vieja mansión se hallaba a oscuras, por lo que se comprendía que sus moradores debían estar en sus respectivos dormitorios, posiblemente ya durmiendo.

Pero había preferido esperar. Le gustaba estar seguro antes de hacer las cosas.

Precipitarse nunca le había parecido una buena táctica. Aunque existen momentos en la vida en que hay que actuar con rapidez, en eso estriba el triunfo de la misión. Pero todo, claro, a su debido tiempo.

Vio que se entreabría la puerta principal de la vieja mansión. Apenas un par de palmos, pero suficiente para que por allí saliera una muchacha.

No era Stefanie. De esto pudo percatarse en seguida, a pesar de la oscuridad de la noche y de la niebla, pues, de vez en cuando, entre nubes, brillaba la luna.

No, no era Stefanie. Tenía buena vista. Más que sobrada para darse cuenta de eso.

Warren no podía saber quién era esa muchacha rubia, aunque algo le dijo que debía ser una de las chiras que últimamente habían desaparecido... Había, por lo menos, que aceptar como factible tal posibilidad.

En consecuencia, consideró conveniente alcanzarla y hablar con ella. Máxime cuando vio cómo salía y huía de la vieja mansión. Parecía que Satanás en persona la estuviera persiguiendo para llevársela directamente al infierno.

Echó a correr hacia el lugar del bosque en que ella había desaparecido tras cruzar la explanada y descender la loma

El frondoso bosque, y la niebla y la oscura noche no favorecían seguir los pasos de la muchacha. Además, que ella estaba haciendo zigzags en su carrera.

De todas formas, Sandra, pues desde luego se trataba de ella, se dirigía a un lugar determinado. Allí encontrarla un bolso, con dinero.

Así lo había asegurado la persona que quería ayudarla.

¿Realmente quería ayudarla...?

Sandra tuvo la sospecha, mientras corría, de que se había fiado demasiado, de que había pecado de ingenua.

Quien le había facilitado la huida le había dicho: «Las quinientas libras que te faltan por cobrar, estarán en el lugar del bosque que te he indicado, dentro de un bolso. Así que veas el bolso, recógelo y huye... A cambio sólo te pido que no vayas con la historia a la policía...»

Sandra estaba dispuesta a hacer lo que había prometido. Coger el dinero y alejarse de aquel lugar para el resto de sus días. Si la policía llegaba a preguntarle algo, callaría, todo lo pasado lo daría como bueno. Mil libras era mucho dinero.

Pero conforme avanzaba en su carrera, Sandra recelaba, sospechaba de la sinceridad de esa persona...

Pero sus sospechas llegaban tarde.

No iba a tener tiempo de sopesar los riesgos que podía entrañar el plan concertado.

Vela ya el lugar indicado, en un claro del bosque.

Allí cerca había un árbol solitario, de delgado tronco, de desnudas y descarnadas ramas. Un árbol que daba la sensación de ser un esqueleto que elevara sus brazos hacia el cielo en un gesto despavorido.

Sandra corrió hacia aquel lugar.

¡Lejos de imaginarse la horrible, la espantosa, la alucinante muerte que le esperaba!

Las hojas caldas, secas, cubrían el bosque. Alfombraban por entero el suelo.

Y los pasos de Sandra, rápidos, precipitados, crujían...

Hada demasiado ruido en la huida. Pero, bien, ya estaba llegando donde se hallaba el bolso y el dinero. Dentro de muy poco lo habría cogido y echaría a correr hacia la carretera. Una vez allí estaría ya a salvo.

No pudo seguir pensando así.

El suelo falló bajo sus pies.

Unas pequeñas ramas y las hojas secas habían estado taponando y disimulando una trampa.

Sandra se hundió en el agujero ahogando un grito...

Pero el grito, espelúzname, lo dio al caer sobre la afilada y cortante punta de una espada.

Esta se le clavó inexorablemente en la espalda.

Allí habían ocho espadas. Ni una más ni una menos. Incrustadas en una capa de cemento, por el mango, por la empuñadura, con la punta hacia arriba. Sandra pudo contar las espadas, una, dos, tres... Hasta ocho... Si, pudo contarlas en medio del horrible dolor que sentía que le atravesaba el cuerpo.

Pudo contarlas porque la luz de la luna se filtraba en aquel momento por lo alto, entre las pequeñas ramas, entre las hojas secas.

* * *

Warren Fennet se dio cuenta de que, de pronto, había perdido de vista a la muchacha.

Cierto que la niebla y la oscuridad no estaban de su parte, pero aun así resultaba incomprensible que la chica se hubiera evaporado de aquel modo.

Tenía que haber ido por algún lado. Tal vez por aquel atajo que se veía a la derecha.

Quizá por aquel otro sendero de la izquierda, algo más ancho. Puede que se abriera camino por el lugar en que el bosque se mostraba más espeso y tupido.

Como fuera, por algún sitio tenía que haber ido. Una persona no aparece y desaparece como tocada por una varita.

De todos modos, a Warren le extrañó que ante sus propios ojos la muchacha hubiera podido eclipsarse de esa manera. Le extrañó tanto, que se le ocurrió elevar la voz y llamarla:

—¡Eh, usted! ¿Dónde se ha metido...? No juegue al escondite... No voy a hacerle ningún daño...

Quedó plantado en aquel pequeño claro del bosque, en espera de

oír algo. Pero no llegó ninguna respuesta.

Su desconcierto era, y no sin motivos, evidente. No contaba con que le pasara una cosa así.

—¡Eh, usted...! —volvió a gritar—. ¿Se puede saber dónde diablos se ha metido...?

Sandra estaba relativamente cerca de allí, y había oído las voces del detective. Pero aunque quiso pedir auxilio con todas sus fuerzas, las cuerdas vocales no le respondieron lo más mínimo.

Igual que si se le hubieran paralizado.

Esto debía tener su explicación, sin duda, en el acerbo y atroz dolor que sentía.

Además, que apenas intentaba algo, gritar, moverse, lo que fuera, la espada se le incrustaba más. Y el dolor aumentaba. haciéndose insoportable, infrahumano.

Al caer se le quedó la espada clavada como cosa de un palmo. Ahora le atravesaba ya todo el cuerpo. Veía con ojos desorbitados como su propio peso la estaba hundiendo y como la espada, en consecuencia, salía ya siniestramente por su estómago.

De nuevo intentó gritar...

Si no lo lograba estaba perdida. Porque en aquel agujero nadie la encontrarla.

La trampa seguía tapada, mejor o peor, por pequeñas ramas y las hojas secas.

No, no consiguió gritar.

Sólo un gorgoteo salió de su garganta. Un ensangrentado gorgoteo que no llegó más allá de sus labios.

* * *

Warren Fennet alzó de nuevo la voz.

—¡Eh, usted...! ¿Dónde se ha escondido? Salga...

Pero nadie le respondió y finalmente optó por volver sobre sus pasos. Antes, no obstante miró y remiró por aquellos alrededores. No encontró nada, ni rastro de la muchacha.

Todo hacía pensar que había echado a volar.

Pero claro. Warren sabía de sobra que sólo vuelan los pájaros. Mientras volvía sobre sus pasos, pensaba en meterse en la vieja mansión.

No quería pasar la noche sin saber a qué atenerse respecto a Stefanie.

Una muchacha que, indudablemente, debía estar necesitando de su ayuda.

Y como le constaba que estaba allí…

Pero se lo pensó mejor y consideró conveniente dejar para el día siguiente la idea que acababa de ocurrírsele.

No era en realidad una gran idea, pero si, estaba seguro, lo suficientemente buena como para que pudiera salirle bien.

Todo lo que tenía que hacer era esperar unas horas.

Por la mañana, podría ya…

CAPITULO IX

Estaba desayunando, mientras permanecían en persistente y riguroso silencio.

Desde que Job les comunicó que Sandra había desaparecido del modo más incomprensible, todos temían decir algo que pudiera contrariar al señor Maxwell.

Sabían por experiencia que Bernard Maxwell, cada vez que desaparecía una de las chicas, acababa mostrando en su frente unas arrugas que no presagiaban nada bueno.

En esta ocasión, sin embargo, pese a que todos ellos callaban respetando lo que pudiera estar sintiendo, él dijo:

—Bueno, la nueva modelo es usted, señorita Reed... Y en usted confíoó... No se escapará en el último momento, ¿verdad? Yo le ruego que no lo haga... Con su voz suave, agradable, no parecía de temer. Por el contrario, daba la sensación de ser un hombre todo corrección. Como siempre, evidentemente.

Pero Stefanie ya sabía por Job, el gigantesco negro, que Bernard Maxwell, cuando se enojaba, se convertía en un ser malvado, perverso, maquiavélico, que a ella misma ya le había demostrado que sabia actuar sin miramientos.

Sin embargo, ¿qué clase de embrollo era exactamente aquel en que ella se hallaba metida? ¿Qué lío era aquel de las muchachas contratadas como modelos? ¿Ciertamente ignoraba Bernard Maxwell por qué y cómo desaparecían...? ¿O simplemente fingía contrariedad cuando desaparecían y era él en realidad quien...?

—¿Por qué iba a escaparme? —Stefanie intentó sonreír—. Usted debería entregarme las otras quinientas libras. Como es lógico me gustará cobrar.

—Claro que si —dijo el señor Maxwell— Nadie trabaja por nada y posar es un trabajo como cualquier otro...

En aquel momento sonó el aldabón de la puerta, y el señor

Maxwell, dirigiéndose al mayordomo, que estaba allí cerca, le dijo:

—Vete a ver quién es, Thomas. Pero recuérdalo, no quiero intromisiones de ninguna índole. Quien sea que se vaya.

—De acuerdo, señor.

Thomas salió del comedor, cruzando el amplio vestíbulo y llegando hasta la puerta.

Una puerta que se veía desde el comedor.

Al menos la veía el señor Maxwell y Stefanie. Ambos se hallaban colocados en el lado idóneo para ello.

Cuando Thomas abrió la puerta que daba entrada a la mansión, se encontró con un joven alto, muy alto y fuerte. Tenía el cabello oscuro y la mirada penetrante, escrutadora.

—¿Qué desea, señor?

—Deseo hablar con la señorita Reed —dijo el recién llegado con naturalidad—. Está aquí, ¿verdad?

Thomas se quedó tan desconcertado que permaneció sin saber qué responder.

—Soy Warren… su Hermano.

—¿Su hermano? inquirió Thomas.

—Si —asintió el joven. Añadió—: Según me han dicho, está aquí. Dígale que saiga un momento, por favor.

Desde el comedor, desde su sitio en la amplia mesa. Stefanie se quedó sin dar crédito a sus ojos.

¡Si era el detective del hotel!

Se dispuso a levantarse de un brinco, sin importarle echar por el suelo la silla. Se dispuso a correr hacia los fuertes brazos y el ancho tórax de aquel joven que con su sola presencia acababa de darle la vida. Se dispuso a contarle, llorando de angustia y miedo, todas las vicisitudes por las que había pasado desde que había sido secuestrada. Porque aquello había sido un secuestro, o algo tan parecido que la diferencia no la veía por ninguna parte.

Pero antes de que la muchacha moviera un solo músculo, notó en su brazo la mano de Bernard Maxwell, y oyó su voz:

—Se lo ruego, no le diga a su hermano que la traje aquí con engaño. Si me hace caso — agregó—, le pagaré por posar el doble de lo convenido, dos mil libras.

Como es natural, a Stefanie no le tentó la nueva cantidad

ofrecida. ni tampoco le hubiera tentado ninguna otra por elevada que fuera.

Así que, se levantó de súbito, salió corriendo del comedor, cruzó el vestíbulo y cayó en los brazos del detective.

—¡Oh, Warren!

Pero fue precisamente entonces, mientras el detective la estrechaba fraternalmente entre sus brazos, cuando le susurró al oído:

—Sigue esta comedia... Yo soy tu hermano y a ti nadie te ha traído aquí a la fuerza...

Agrandó los ojos debido a la sorpresa y por un momento estuvo a punto de estropearlo todo. Pero reaccionó a tiempo, comprendiendo que debía actuar del modo que Warren Fennet le estaba pidiendo.

Sin embargo, ¿qué es lo que debía estar llevándose entre manos? No lo comprendía.

Estaba ya todo demasiado claro para que fuera necesario andarse con aquellos tapujos.

¿O acaso no estaba tan claro como ella suponía...? Bueno, el detective debía saber mejor que ella lo que convenía hacer.

Tragándose las lágrimas que había estado a punto de derramar, se separó del abrazo de Warren, que seguía siendo puramente fraternal, y dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—No creía que supiera dónde estaba...

—Pues te he encontrado, hermanita —repuso Warren con una desenvoltura absoluta—. De lo cual me alegro mucho. Una cosa es que desees independizarte y otra muy distinta que te vayas del hogar paterno sin dar explicaciones...

Con estas palabras le dio ya la pauta a seguir. Así que Stefanie lo tuvo ya un poco más sencillo.

—Debí decirte que me iba de telefonista a un hotel. Pero pensé que te sentarla mal la decisión que había adoptado y...

—Bueno, bueno... —el tono de Warren se había hecho condescendiente—. No quiero regañarte. Pero ¿qué haces ahora en esta vieja mansión?

—El señor Maxwell, su propietario —dijo Stefanie—, me paga bien por posar. Me paga tan bien que he considerado conveniente dejar el empleo del hotel, puesto que ambos trabajos no podían compaginarse. Quiere hacer un cuadro mío. ¿comprendes?

—No voy a comprender nada mientras no sepa qué clase de cuadro es ése... —opuso reparos, otra cosa no hubiera estado a tenor de las circunstancias.

—Nada de desnudos, si es esto lo que estás imaginando —repuso la muchacha—. Yo también pensé eso, al principio, pero no...

—¡Ah, eso ya es otra cosa!

Hasta aquel momento, el mayordomo había permanecido sin saber qué hacer. Pero miró hacia el comedor, hacia el señor Maxwell y vio cómo éste, abandonando la mesa, se dirigía hacía allí. Respiró más aliviado al comprender que no iba a tener que arreglárselas solo.

Así que llegó allí el señor Maxwell, tendió la mano a Warren.

—Conque usted es el hermano de la señorita Reed, ¿eh? Mucho gusto en conocerle.

—El gusto es mío —aseguró el detective correspondiendo a su saludo.

—La señorita Reed ha venido a posar... Ya he oído cómo se lo ha dicho... La retendré unos seis o siete días como máximo, claro. Desde luego no hay nada malo en todo esto, puedo asegurárselo.

—Le creo —dijo Warren.

—Pase usted... —ofreció Bernard Maxwell seguidamente. Poco después añadió—: Si quiere quedarse con nosotros un día, o un par de días, o los días que sea, ya lo sabe...

—Es usted muy amable —v Warren se dispuso a aceptar la imitación, que por descontado le venía de perlas—. Pues bien, si de verdad no ha de molestarles mi presencia, pues sí, francamente me seduce la idea de pasar un par de días en una mansión como ésta. ¿Sabe una cosa? —improvisó sonriente — : soy novelista de relatos de misterio y terror, y los escenarios como éste me dan ideas...

La señora Adams estaba presente y miró a Warren Fennet con desconfianza. A juzgar por su expresión no estaba creyéndose nada de lo que el joven decía.

Tampoco Job, el gigantesco negro, parecía dar como buenas todas aquellas palabras.

Ni Thomas, el mayordomo-chófer.

Menos Aún Henry Dekter, el pintor que parecía poco seguro de su talento, de sus méritos. Por lo menos su timidez e indecisión resultaban evidentes.

Pero el señor Maxwell sí se creyó lo que Warren acababa de decir. Aparentemente al menos. Por lo demás, se mostró complacido de que el joven fuera a quedarse.

Hizo acto seguido las presentaciones pertinentes.

* * *

Fue no mucho después cuando el señor Maxwell pudo hablar a solas con Stefanie.

—Gracias por no decirle la verdad a su hermano. Su hermano no hubiera terminado de entenderme y se habría enredado la cosa. Se ha ganado sobradamente las dos mil libras, señorita Reed. Cuente con ellas.

—Espero no tener que lamentarlo — repuso ella, por no quedarse sin decir nada.

Cuando Bernard Maxwell se alejó de Stefanie, y lo hizo para atender una llamada telefónica, Warren Fennet se acercó a su «hermanita».

—Hola —le dijo, aparentemente despreocupado—. Como verás, me acuerdo de ti...

La ocasión era buena para que ella le hablara, le dijera y le explicara todo lo sucedido.

Los demás estaban momentáneamente alejados.

—¿Qué pretendes haciéndote pasar por mi hermano? fueron sus primeras palabras y su primera pregunta. Pero no esperó la respuesta y exclamó-: ¡Todo está muy claro! El señor Maxwell trae aquí a las muchachas, a las buenas o a las malas, para pintarlas, para conseguir un cuadro lo más parecido posible a uno que tuvo antes de su esposa, que se llamaba Mabel y era muy hermosa. En el cuadro vestía con una túnica blanca y llevaba una guirnalda de flores rojas en la cabeza. Si,

para eso el señor Maxwell las trae aquí, y luego..., luego...

—¿Luego qué? —inquirió Warren, añadió—: Se trata de saber qué pasa después...

—Toda la culpa es del señor Maxwell —dijo Stefanie—. Por propia experiencia lo sé.

—Tiene parte de culpa, no voy a negártelo, pero estamos buscando a las muchachas que han desaparecido... Yo creo que ésta es otra cuestión.

—El señor Maxwell trae a las muchachas para pintarlas, como ya te he explicado — repuso Stefanie—. Aquí tiene a Henry Dekter, al que ya has conocido. Pues bien, ese joven es pintor y... Hay algo que ignoras —se había interrumpido para decir esto—:

Cuando venia hacia esta localidad...

Le contó lo que vio a través de los prismáticos.

—Debí contártelo el otro día, después de la muerte de la señora Claisse. No sé por qué no lo hice.

—Y esa muchacha rubia a la que has mencionado, ¿desapareció así, de pronto...? — preguntó Warren.

—SI, como evaporada. Bueno, como te estaba diciendo... —continuó Stefanie—. Henry Dekter las pinta ataviadas de ese modo y luego, según me refirió Sandra, la última de esas chicas, a ellas les toca la hora de morir.

—¿De morir? ¿Y por qué ha de ser ésa la hora de morir?

—No me lo dijo. Sólo me dijo que iba a huir. ¿Sabes? —le explicó —. En su dormitorio encontró un resorte que desplazaba un armario de sitio y franqueaba un paso. Así pudo entrar en mi habitación

y contarme eso. Si, me dijo que iba a huir. Y puede que lo hiciera, o puede que no, lo ignoro. Aquí se ha dicho esta mañana que ha desaparecido.

—Esa última chica, ¿cómo era físicamente?

—Rubia, con ojos azules —dijo Stefanie.

—Como las otras dos —repuso Warren—. Y como tú.

—Yo creo —opinó Stefanie— que deteniendo al señor Maxwell

codo quedarla...

—Todo quedarla concluyó Warren tal como «ti. El señor Maxwell aseguraría que las muchachas venían aquí por su gusto, voluntariamente.

—Pero esas muchachas desaparecen...

—El señor Maxwell asegurarla que, una vez concluido su trabajo, se fueron de aquí tan campantes. Y ten la seguridad de que su servidumbre corroborarla lo que él dijera.

—Job. al menos, así lo haría.

—¿Quién es Job? —preguntó.

—Ese negro gigantesco. Le debe la vida al señor Maxwell, y según él mismo me dijo le ha jurado fidelidad para el resto de sus días.

—¿Qué me dices del ama de llaves, de la señora Adams?

—Desempeña eficazmente su puesto, pero parece un poco asustada de su señor.

—¿Y qué opinas del mayordomo?

—Lo mismo. Parece asustado.

—¿Hay alguien más que esté asustado o que parezca estarlo...?

—quiso saber.

—El pintor, Henry Dekter. A propósito —terció Stefanie—, tampoco te he dicho lo que pasó... Si, claro, debí decírtelo... Ahora me doy cuenta...

Le explicó lo más rápidamente posible lo que le había sucedido en el hotel aquellas dos noches. Los grifos se abrían solos. También se abría sola la ventana del dormitorio.

Finalmente, como colofón de todas esas cosas raras, inexplicables, veía correr un niño de unos diez anos por la carretera, entre la oscuridad y la niebla.

—Y hay un detalle importante —dijo Stefanie—. La cocinera tiene un hijo, y a mi me parece que es el mismo niño.

—Vaya, vaya... -rezongó Warren — . En fin, va iremos viendo qué es lo más conveniente hacer. De momento seguiremos siendo dos

hermanos...

—¿Estás seguro de que esto es lo mejor? —ella no terminaba de estar convencida—. Pudiendo irnos de aquí...

—Entonces no averiguaríamos nada.

—¿Pero qué queda realmente por averiguar? - insistió Stefanie.

—Te voy a decir algo —aclaró Warren—: para mí, cuando me comisionan un caso, es tan sospechoso el primero como el último. Desconfío absolutamente de todos —y se lo aclaró aún más—. En este caso concreto, desconfío tanto del señor Bloomtton. que fue la persona que me contrató, como de ti. Stefanie...

—¿Qué? —se sofocó la muchacha.

—Ha sido una broma, tonta —se rió Warren—. ¿Cómo voy a desconfiar de ti si te he convertido en mi colaboradora?

—Bromeas con poco gusto —dijo la muchacha.

—Te daría un beso para que me perdonaras —repuso él—, si no fuera porque no puedo hacerlo. No debemos olvidar que somos hermanos... Buenos, te debo el beso.

Recuérdamelo así que hayamos desenmascarado al culpable.

—Oye —dijo Stefanie—, hay conexión entre todo lo sucedido en el hotel y lo que sucede aquí, ¿no es eso?

—Sí —afirmó.

CAPITULO X

Stefanie hubiera sentido serios reparos en ponerse la rúnica blanca y la guirnalda de flores en la cabeza, a no ser porque Warren le aseguró que podía estar tranquila en todos los sentidos. El se encargaría de que no le sucediera nada malo.

Henry Dekter hacía ya rato que la estaba pintando. Pero se trataba del primer día y las pinceladas aún no se habían hecho debidamente expresivas.

Estaban en una estancia amplia, donde la luz, al menos a aquella hora del día, entraba generosamente Una estancia casi vacía de muebles, donde permanecían tres cuadros, del tamaño de una persona, ya acabados.

En esos tres cuadros se veían a otras tantas muchachas, rubias, con los ojos azules, vestidas con la misma túnica y la misma guirnalda de flores en la cabeza.

Henry Dekter seguía pintando. Sin embargo, se detuvo cuando oyó que alguien, alguien más que la guapa y nueva modelo, estaba allí.

Se giró, viendo que Warren Fennet acababa de entrar. Entregado a su trabajo no se había dado cuenta de que la puerta se había abierto.

—¿Qué tal va la cosa? —preguntó Warren.

—Bien, bien... —se limitó a decir el pintor.

—No va mal... —opinó a su vez Stefanie, quien se sintió mucho mejor viendo allí al detective.

Este cerró la puerta y ya dentro, sin duda para favorecer la desenvoltura de sus gestos y de su actitud, sacó un cigarrillo y lo encendió.

Después de despedir un par de bocanadas de humo y de mirar un par de veces cómo iba quedando el cuadro, comentó:

—Es usted un buen pintor, bastan estas pocas pinceladas para percatarse de ello —y queriendo dar al tema el enfoque deseado—: Supongo que sus trabajos deben estar muy cotizados...

—No, no... —negó Henry Dekter, y su tono fue totalmente convincente—. La suerte nunca me ha sonreído, siempre me he tenido que conformar con ir malviviendo. Y como sea que tengo esposa y cuatro hijos, hágase cargo, la situación no es sencilla para mi. Por eso he aceptado la proposición del señor Maxwell, muy generosa por cierto. No. no la hubiera aceptado de no verme tan en apuros... —y lo dijo como quien se justifica.

—No parece complacido de estar aquí —dijo Warren—. ¿Cómo es eso? Si el señor Maxwell le paga generosamente, como usted mismo me ha indicado...

Henry Dekter se quedó con el pincel en la mano, sin llegar al lienzo. Para concederse una pausa y tener tiempo de pensarse la respuesta, ladeó la cabeza y miró hacia la modelo, la más guapa de las modelos que había pintado en aquella vieja mansión. La miró como quien busca captar una expresión para luego poder plasmarla con exactitud.

Stefanie seguía en la postura que se le había indicado, de pie. con el cabello suelto y la sonrisa en los labios.

Pero dejó de sonreír al ver que el pintor se había detenido en su trabajo. La prueba, que había dejado el pincel en la paleta y que le estaba respondiendo a Warren.

—Ciertamente, preferirla estar en otra parte.

—¿Y eso por qué? —preguntó Warren.

—Deseo ganar dinero y que los míos no pasen privaciones, pero al aceptar este trabajo no sabía que... que...

—¿Qué es lo que no sabía?

Henry Dekter miró a Stefanie.

—Pregúntele a su hermana —dijo—. Ella puede contestarle a eso.

—No comprendo —replicó Warren—. No comprendo en absoluto. ¿Qué puede contarme ella...? ¿Y qué es lo que no se atreve a contarme usted...?

Abordado tan a las claras, Henry Dekter bajo la cabeza, hundido, desalentado.

—Las modelos vienen engañadas —dijo seguidamente-, Reconozco que el señor Maxwell, en todos los casos, termina

convenciéndolas con su exquisita amabilidad y su intachable corrección... Y con el mucho dinero ofrecido, claro... Pero luego, cuando el cuadro queda concluido, las muchachas desaparecen de pronto... Lo cierto es que un par de días antes, de pronto, empiezan a experimentar una extraña excitación... Con sinceridad, estoy preocupado, sería horrible que al final yo pudiera verme comprometido de alguna manera.

—Había de puntualizar—. Su hermana ya sabe todo eso... Me sorprende que no se lo haya contado... ¿De verdad no se lo ha contado?

—No —repuso Warren, anteponiéndose a lo que Stefanie pudiera decir o dejar de decir—. Desde luego, prefiero saber la verdad. Gracias por habérmela dicho.

—Le ruego que no lo comente con nadie —le suplicó el pintor—. Eso podría plantearme problemas. En realidad, ya se lo he dicho, necesito mucho el dinero que el señor Maxwell me va a pagar por estos cuatro cuadros.

—¿Van a ser cuatro? —preguntó—. ¿No van a ser más?

—Van a ser cuatro —aseguró Henry Dekter—. Es lo acordado. El señor Maxwell me lo dijo bien claro. «Si con cuatro intentos no consigo lo que me propongo, me daré por vencido.»

—En tal caso —observó Warren—, pronto podrá volver con su esposa y con sus hijos.

—Lo estoy deseando, créame.

* * *

Warren Fennet bajó las escaleras, dirigiéndose hacia la biblioteca. Estaba Convencido de encontrar allí a Bernard Maxwell.

Pero se encontró con el ama de llaves.

—El señor Maxwell no se encuentra del todo bien —le comunicó la señora Adams—. Pero ha tomado una de sus píldoras y no creo que tarde en bajar.

—Aprovecharé para hablar con usted —dijo Warren.

—¿Conmigo? —se extrañó.

—Tengo la sensación de que mi hermana me oculta algo -repuso Warren—. ¿Podría decirme usted de qué se trata?

—¿Por qué no le pregunta a ella? —por lo visto prefirió no negar tal circunstancia.

—Se lo estoy preguntando a usted. Por favor...

—El señor Maxwell se irá pronto de aquí —dijo la señora Adams —. Si compró esta vieja mansión, y si ha venido a este lugar, ha sido única y exclusivamente con la pretensión de llevar a cabo la realización de esos cuadros. Concluidos éstos — puntualizó—, nos iremos todos. Su hermana, entonces, podrá proseguir su vida normal.

No ha de preocuparse por ella.

—¿El señor Maxwell ha comprado la mansión sólo para que fueran pintados los cuadros? —preguntó —. En cualquier otra parte hubiera sido posible lo mismo... ¿O acaso no?

—No puedo responderle a ciertas preguntas —repuso la señora Adams— El señor Maxwell es mi señor. Yo cobro de él y...

—Y además le tiene miedo, ¿no es cierto? —se lo soltó por las buenas.

—¡Oh, no, no! —exclamó—. Bueno, la verdad es... —corrigió— que el señor Maxwell es muy especial... Esto no voy a negárselo... Pero no. por descontado que no le tengo miedo... Seria absurdo que se lo tuviera después de tantos años de conocerle... —pero la voz no le salió nada segura.

—Discúlpeme —dijo Warren—, pero había sacado esa impresión. Una impresión que también abarca a los demás...

—¿A los demás? —preguntó.

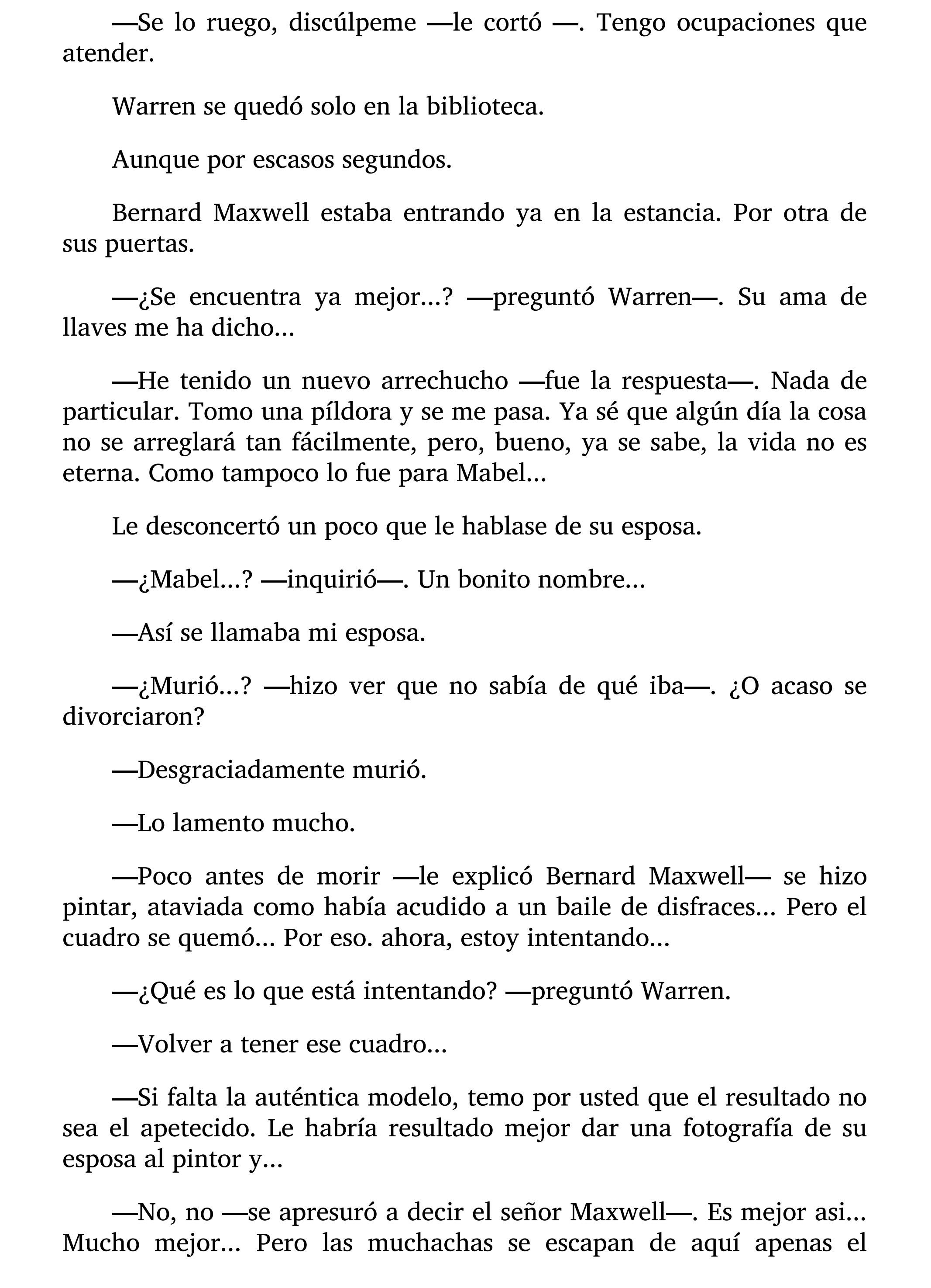
—Al mayordomo, al negro, y también al pintor... Parece -manifestó Warren— como si todos actuasen, ¿cómo le diría yo?, de bastante mala gana.

—No creo que esté en lo cierto. El señor Maxwell, que es fabulosamente rico, paga con la suficiente generosidad como para que todos le sirvamos de muy buena gana.

—Me alegro que así sea.

—Por lo que respecta a Job, el negro, siente por su señor una

adoración ilimitada. Por su señor daría la vida.



—A lo que iba, me parece que mi hermana me oculta algo...

—Se lo ruego, discúlpeme —le cortó —. Tengo ocupaciones que atender.

Warren se quedó solo en la biblioteca.

Aunque por escasos segundos.

Bernard Maxwell estaba entrando ya en la estancia. Por otra de sus puertas.

—¿Se encuentra ya mejor...? —preguntó Warren—. Su ama de llaves me ha dicho...

—He tenido un nuevo arrechucho —fue la respuesta—. Nada de particular. Tomo una píldora y se me pasa. Ya sé que algún día la cosa no se arreglará tan fácilmente, pero, bueno, ya se sabe, la vida no es eterna. Como tampoco lo fue para Mabel...

Le desconcertó un poco que le hablase de su esposa.

—¿Mabel...? —inquirió—. Un bonito nombre...

—Así se llamaba mi esposa.

—¿Murió...? —hizo ver que no sabía de qué iba—. ¿O acaso se divorciaron?

—Desgraciadamente murió.

—Lo lamento mucho.

—Poco antes de morir —le explicó Bernard Maxwell— se hizo pintar, ataviada como había acudido a un baile de disfraces... Pero el cuadro se quemó... Por eso. ahora, estoy intentando...

—¿Qué es lo que está intentando? —preguntó Warren.

—Volver a tener ese cuadro...

—Si falta la auténtica modelo, temo por usted que el resultado no sea el apetecido. Le habría resultado mejor dar una fotografía de su esposa al pintor y...

—No, no —se apresuró a decir el señor Maxwell—. Es mejor asi... Mucho mejor... Pero las muchachas se escapan de aquí apenas el

cuadro queda concluido —se lamentó— y sin haber cobrado del todo... Quiero creer que con su hermana no pasará lo mismo. Por eso me he alegrado de que se quedara usted... Y por eso le ruego que siga aquí hasta el final.

—Si lo desea, señor Maxwell...

Se presentó el ama de llaves.

—¿Está ya mejor, señor Maxwell? —preguntó solicita, pero en realidad casi rehuyendo el mirar a su señor—. ¿Desea alguna cosa de mi?

—Ya estoy perfectamente —contestó.

La señora Adams se retiró.

—Es una buena mujer —dijo el señor Maxwell—. Me atiende y me cuida con solicitud.

Apenas me pasa algo, en seguida se acerca a mi y me tiende la píldora que necesito. No hace mucho -le refirió me dio un ataque en serio. Pues no se apartó de mí hasta que pasó el peligro. De día y de noche permaneció a mi lado. Sin embargo, como me tiene confianza, a veces se permite inmiscuirse demasiado en mis asuntos. Respecto a los cuadros, por ejemplo, ha exteriorizado en más de una ocasión su desagrado ante mi deseo de recuperar el cuadro de Mabel...

—Quizá opina —dijo Warren— que el parecido nunca podrá ser el deseado por usted.

—Es posible —admitió--. Pero tengo derecho a intentarlo, ¿no le parece?

Seguidamente había de añadir—: Y no sé, pero a veces parece como si la señora Adams me tuviera miedo...

—¿Miedo?

—Si, eso he dicho. Y no lo entiendo. No tiene sentido que yo le inspire ese sentimiento.

Durante este diálogo el señor Maxwell no había sido enteramente sincero. Warren Fennet lo sabía.

El señor Maxwell le había estado ocultando algo importante, muy importante.

Y en aquello que no había dicho, que encubría, estaba evidentemente el móvil de todo.

CAPITULO XI

Hacía rato que Warren Fennet intentaba hablar con Job, el gigantesco negro que. Más que nada parecía desempeñar el puesto de guardaespaldas de su señor.

—Quería preguntarle algo. —empezó a decir.

—¿A mi?

Warren medía un metro ochenta y siempre se había considerado, y no sin razón, todo un tipo. Pero al lado del negro se sintió pequeño por primera vez en su vida.

—Sí, a usted.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Mi hermana me ha dicho que le vio a través de sus prismáticos... — le dio detalles del día y de la hora de tal hecho-. Dígame, ¿quién era aquella muchacha rubia y qué le dijo usted cuando, al poco de salir de aquí, la alcanzó en el bosque?

—Yo francamente... —balbuceó Job—. Yo no... hice... nada malo...

—Ni yo lo estoy diciendo que lo hiciera. Simplemente intento aclarar el caso.

—Verá... — explicó Job—, la muchacha estaba muy nerviosa, muy excitada... Bueno, en realidad sentía un pánico absoluto... Decidió huir... Yo salí a decirle que no debía hacerlo, que no corría ningún peligro si se quedaba... Pero no quiso hacerme caso... Yo, finalmente, di como buena la decisión que ella había adoptado y regresé solo...

—¿Y la muchacha? —preguntó Warren.

—Desapareció —repuso Job—. Como había desaparecido la Otra... Por eso no quería que huyera, temía que pudiera pasarle lo mismo... Pero no me hizo caso. Su hermana, si me vio por los prismáticos, se lo habrá dicho. No. no me hizo caso...

—¿Y usted qué opina de esas desapariciones?

—Yo debo pensar como mi señor, y mi señor no da importancia a eso... Dice que en alguna parte estarán, que no hay que preocuparse. Aunque a mi señor le extraña que las muchachas se vayan sin cobrar. La mitad de lo acordado por posar lo cobran apenas llegan aquí, pero la otra mitad está estipulada al final... Pues se van sin cobrar...

—No creo —opinó Warren— que la policía tarde en hacerles una visita.

—La policía no debe saber que las muchachas dejan el hotel para venir aquí a posar.

Aunque tampoco no me extrañarla que lo supieran —añadió Job —, pues la verdad es que le veo a usted cara de sabueso...

—Si, tiene aspecto de serlo —Thomas, el mayordomo-chófer, acababa de acercarse y de intervenir.

—No soy policía —dijo Warren—. ¿Qué les hace suponer eso?

—Yo no me creído que sea usted el hermano de la señorita Reed

—dijo Job.

—Yo tampoco —añadió Thomas. Y éste agregó—: Ni se lo ha creído la señora Adams.

—Por lo visto —repuso Warren— el único en creérselo ha sido el señor Maxwell.

—Aparentemente, al menos... —opinó Job—. Aunque quizá haga el ver que se lo cree y no sea así...

—Si usted no es policía. yo lo lamento —dijo Thomas—. Cuando las cosas se enredan demasiado es bueno tener cerca a la ley.

No habló más porque en aquel momento vio que Henry Dekter, que estaba tomando

whisky, detenía en ellos su atención. Sin duda consideró que no había por qué airear más el asunto.

Job debió opinar lo mismo, porque a su vez dejó de hablar.

Warren optó por alejarse de ellos. Como si no hubieran estado hablando de nada importante.

Pasados unos minutos, vio a Stefanie. Se dirigió hacia ella.

—Oye, hermanita... —y sin más—. Ya me doy cuenta, te duele la cabeza.

—No. no me duele —dijo ella.

—Sí, te duele repuso Warren—, y vamos a ir ahora mismo a ver si la cocinera puede darte una aspirina. Es preciso que hablemos con su hijo —le informó bajando la voz.

—De acuerdo.

—Si es el niño que tú dices, lo averiguaremos en seguida. Los niños no saben fingir como los mayores. Por más que le hayan dicho que calle...

Se dirigieron hacia la cocina. Y allí, en efecto, encontraron a la gruesa mujer que diariamente se afanaba por deleitar el paladar al señor Maxwell.

—¿Y su hijo? —le preguntó Warren—. ¿No está aquí...?

* * *

Habla dejado a su hijo el cuarto de baño.

Aquel cuarto de baño correspondía exclusivamente a la servidumbre.

Pero más que lavándose, el niño estaba metido en la bañera, jugando con el agua y con una pequeña lancha de plástico.

Empujaba la lancha de un lado para el otro, mientras con su voz imitaba el ruido de un auténtico motor.

Alguien entró en el cuarto de baño y el niño le miró.

—¿Ah, usted...?

—Aprovecha y lávate el cabello.

—Estaba jugando con la lancha —dijo el niño.

—Lávate el cabello... ¿Quieres que te ayude yo? —y se acercó a la bañera.

—Lo haré solo.

—No. es mejor que yo te ayude —y le puso las manos en los

hombros—. Anda, date un chapuzón y de una sola vez te mojaré el cabello. Luego te lo enjabonarás… Hala, adentro…

Sin esperar el consentimiento del niño, las manos, de súbito, presionaron hacia abajo y el niño quedó sumergido en el agua.

Debió durar escasísimos segundos la inmersión, la presión de aquellas manos, pero no fue así. Siguieron sujetándole, pegándole al fondo de la bañera.

Al niño empezó a faltarle el aire y se agitó, queriendo subir a la superficie.

Pero la persona mayor cuyas manos parecían ahora soldadas a la carne del niño, empujaban con increíble fuerza, no le dejaban apenas opción a moverse.

El niño empezó a patalear y a mover los brazos, queriendo liberarse. Salpicó agua por todas partes.

Todo inútil.

Siguió implacablemente sumergido en líquido elemento.

Y así durante treinta segundos.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente…

Sesenta segundos.

Sus ojos se desorbitaron…

Un minuto y medio.

Las manos soltaron al niño. El niño se había quedado con los ojos vidriosos, fijos, inmóviles.

Habla muerto.

Estaba hinchado de agua.

* * *

—He telefoneado a la policía —les hizo saber Warren Fennet, poco después de que apareciera el cadáver del hijo de la cocinera—. No creo que tarde en llegar.

Dijo esto cuando todos, incluidos los componentes del servicio, se

hallaban reunidos en la biblioteca.

—Job y Thomas permanecían silenciosos. La cocinera lloraba desconsoladamente y la señora Adams, a su lado, intentaba consolarla.

—¿Quién ha podido hacerlo? —gemía la infeliz madre—. ¿Quién ha podido ser tan desalmado?

Nadie respondió, y Warren aprovechó aquel silencio para dirigirse a Bernard Maxwell.

—Será mejor que se lo diga.

—Que me diga, ¿qué?

—Dentro de unos instantes el señor Bloomtton estará aquí.

—¿Cómo ha dicho...? —y Bernard Maxwell se puso de color ceniciento.

—Interesa que todos juntos hablemos —dijo Warren.

—¡No estoy dispuesto a consentirlo...! —exclamó Bernard Maxwell, pero se quedó a medias.

—Después de la muerte de ese inocente niño —repuso Warren —ya no tengo por qué seguir ocultando mi verdadera personalidad... Además, que ya no necesito investigar más, estoy ya al final de la calle... De pronto he comprendido todo... Pues bien —comunicó en voz alta—, sepan que no soy el hermano de la señorita Reed.

—¿Quién, pues, es usted...? —quiso saber el señor Maxwell, el único que se mostró desconcertado ante tal aseveración.

—Soy detective privado.

—Eso no le da derecho a ponerme delante al señor Bloomtton

—barbotó—. Sin duda usted ignora...

—No. no ignoro que fue el amante de su mujer. Aun así, la situación exige que usted y él se encuentren cara a cara.

—¿Con qué finalidad, si puede saberse?

CAPITULO XII

El silencio se hizo tan profundo, tan intenso, que resultó casi hiriente!

Estaban ya frente a frente aquellos dos hombres. El pasado se alzaba entre ellos.

Bernard Maxwell se esforzó, empero, por demostrar cierta serenidad. La muerte del niño había puesto la situación al rojo vivo, así que comprendió que le convenía no perder los nervios.

Era Clifton Bloomtton quien más los había perdido, aunque él a su vez estaba intentando tranquilizarse.

En la biblioteca seguían estando todos, incluidos los componentes del servicio. Y también se hallaba allí Henry Dekter, cuyas manos temblaban ostensiblemente. Menos mal que no estaba pintando. En tal caso no le hubiera tocado otro remedio que suspender la tarea.

—Bueno —dijo Warren Fennet —, será mejor que empecemos... Y hagámoslo con esa frase poco menos que lapidaria que usted, señor Maxwell, le dedicó a... —miró a Clifton

Bloomtton, dando a entender que había aludido a él.

—¿A qué frase se refiere? —preguntó el señor Maxwell.

—Preferirla que la recordara usted —subrayó Warren.

—Pues bien, no tengo inconveniente en repetirla —sentenció de pronto Bernard Maxwell—. Le dije... «Lamentarás haber nacido, desearás estar muerto.

—¿Qué quiso decirle exactamente? —preguntó Warren—. ¿Qué iba a hacer que las pasara moradas...?

—Quise asustarle —repuso el señor Maxwell—. Sólo eso.

—Entonces, ¿no fue una auténtica amenaza?

—En absoluto —aseguró.

—Sin embargo —empezó a decir Warren—, pasan unos años y usted aparece aquí como propietario de esta vieja mansión. Aparece muy cerca del hotel...

—Sí, efectivamente —asintió.

—¿Ha sido un hecho casual? —preguntó Warren.

—No —dijo el señor Maxwell.

—Entonces, si no ha sido un hecho casual...

—Reconozco que compré esta mansión única y exclusivamente porque se hallaba situada cerca del hotel...

—¿Podría explicarlo un poco mejor?

—Cuando amenacé al señor Bloomtton. lo hice para asustarle, simplemente para eso... Ya lo he dicho antes. Ahora lo repito. Es importante aclarar esto. Por lo demás, yo nunca he sido un hombre agresivo, ni violento —aseguró el señor Maxwell—. Creo que sería incapaz de matar a alguien por mucho daño que me hubiera hecho. Pero tampoco he sido todo lo romántico que creía ser... —amplió—. Yo siempre supuse que amarla a

Mabel, aun después de muerta... Y sí, la amé, pero sólo mientras tuve el cuadro... Una vez que las llamas lo quemaron, comprendí que mi amor ya no existía...

Job miraba a su señor con más fijeza de lo que era peculiar en él.

La señora Adams tampoco apañaba de él sus ojos.

Thomas hacía algo parecido.

Henry Dekter seguía muy tembloroso, no controlaba sus manos.

—Al darme cuenta de que ya no veneraba el recuerdo de Mabel

—siguió diciendo Bernard Maxwell—, me senil vado, desolado... Y se me ocurrió buscar el modo de que el cuadro volviera a estar en su sitio... No, no podría ser exactamente el mismo cuadro, ya lo sabía. Pero podía llegar a parecerse mucho al verdadero.

Bernard Maxwell se detuvo.

Todos callaron.

El interesado comprendió que era mejor que continuara hablando. Cuanto antes acabara, mejor. Todo aquello resultaba muy desagradable.

—¿Cómo conseguir que el cuadro se pareciera al original? —

pareció preguntárselo a los demás, a los allí reunidos—. Sencillo, muy sencillo…

—Y es aquí —dijo Warren— cuando sin saberlo interviene el señor Bloomtton.

—Sí, sí, —reconoció Bernard Maxwell—. ¿Y de qué modo interviene? Pues facilitándome las modelos…

Añadió que a Clifton Bloomtton siempre le habían gustado la misma clase de mujeres, jóvenes, rubias, con ojos azules. Su ideal era ése.

Nunca se había sentido atraído por ninguna que no fuera así. Por lo que dio por sentado que a la hora de buscar a las telefonistas de su hotel elegiría siempre a muchachas de esas características físicas.

—Pensé —siguió diciendo Bernard Maxwell— que esas telefonistas podían ser, ciertamente, las mejores modelos… Por lo que, sabiendo que el hotel estaba situado aquí, compró esta vieja mansión…

—Hasta aquí —observó Warren— todo explicado. Pero las muchachas, una tras otra, han desaparecido.

—Yo no tengo nada que ver con eso —dijo Bernard Maxwell—. Reconozco que usé métodos especiales para atraerlas, pero luego, puedo asegurárselo, ellas se quedaban a las buenas… Sin duda debido a que iban a cobrar mucho dinero… Sin embargo — reconoció—, cuando el cuadro estaba ya a punto de acabarse, de pronto se ponían nerviosas, excitadas, y yo creo que incluso llegaban a sentir pánico… No sé de qué, ciertamente no lo sé… Al final se escapaban y sin cobrar… Eso no lo he entendido nunca…

Y ésta es, puede creerme, toda la historia…

—No toda —puntualizó Warren Fennet. Y añadió—: Ha dicho que usó métodos especiales para atraerse a esas muchachas. ¿Le molestaría contarme qué métodos eran ésos?

—Variaban, según el caso y la muchacha —dijo Bernard Maxwell —. Como fuera, yo podía contar de antemano con la absoluta obediencia y discreción de mi servidumbre.

Todos me deben gratitud, ¿sabe usted? La cocinera, Job. el mayordomo… Todos ellos…

Por distintos motivos, claro está... También Henry Dekter, un buen pintor, pero sin suerte...

—Dicho esto, el señor Maxwell había añadido—: En el caso concreto de la señorita Reed...

Explicó que había conseguido una copia de la llave de la puerta trasera del hotel, y por esa puerta, sin que nadie le viera, había entrado el hijo de la cocinera, un niño de unos diez años. Ese niño, obedeciendo órdenes, se metió en la habitación que le habían destinado a Stefanie, en un pequeño armario del cuarto de baño, y allí se quedó inmóvil, esperando que la muchacha se acostara. Después, salió del armario y abrió el grifo del lavabo, volviendo a su escondrijo. Cuando la muchacha se levantó cerró el grifo, tras esperar que volviera a acostarse, salió de nuevo del armario y volvió a abrir el grifo del lavabo. Luego hizo otro tanto con el grifo de la bañera. Finalmente abrió la ventana del dormitorio y se escapó por allí, deslizándose por el tubo de desagüe.

—De este modo conseguí —repuso Bernard Maxwell— que la muchacha se sintiera a disgusto en su nuevo empleo. Así conseguí con facilidad que me concediera una cita...

¿Está ahora aclarado todo?

—Lo estarla —dijo Warren Fennet— si no hubiera muerto asesinada con una inyección de estricnina, la señora Claisse, una de las dientes del hotel. Además que la señorita Reed estuvo a punto de morir de igual manera.

—No sé nada de todo eso —aseguró Bernard Maxwell—. Tendrá que indagar por otro lado.

—Antes de hacerlo así, dígame, señor Maxwell, ¿conocía usted a la señora Claisse?

Bernard Maxwell acusó la contrariedad que tal pregunta le hizo sentir. Pero no era el momento de mentir, así que se decidió por la verdad.

—Sí, la conocía.

—¿De qué, si se puede saberse...? —la pregunta fue tan rápida que no le dio tiempo ni a respirar.

—Pues verá... —empezó a decir.

—Se ha referido antes a que podía contar de antemano con la absoluta obediencia y discreción de su servidumbre —Warren Fennet volvía a lo hablado antes, poco antes—. Sin embargo, al referirse a su servidumbre no ha mencionado usted a su ama de llaves, a la señora Adams... ¿Ha sido un simple descuido? Yo diría que no... O diría, más bien, que entre ese descuido y la señora Claisse hay puntos de contacto...

—No sé de qué me está hablando —aseguró Bernard Maxwell, pero el tono le contradijo.

—¿De veras no lo sabe? — Warren hizo un gesto de escepticismo — Bueno, de momento dejemos de hablar de la señora Claisse. Hábleme de lo que en realidad pretendía buscando un cuadro que se pareciera al de Mabel.

Bernard Maxwell comprendió que el detective había ido más allá de lo que hubiera deseado. Aun así. se negó a admitir que aquello fuera cierto.

—Se lo he explicado ya. ¿no es eso? —inquirió.

—Yo deduzco algo distinto -dijo Warren —. Usted buscaba una muchacha parecida a Mabel para enamorarse de ella... Al menos, para pedirle que se casara con usted... ¡Sólo una muchacha que se pareciera a Mabel podía hacerla nuevamente feliz! Pero antes de que su proposición de matrimonio pudiera tentar a la muchacha, pues no en vano es usted un hombre fabulosamente rico, ellas desaparecían...

—Nunca he pretendido casarme con esas muchachas —afirmó Bernard Maxwell.

—Sí, ha pretendido eso — intervino Thomas, el mayordomo-chófer—. Debe reconocerlo, señor Maxwell, no hay ningún mal en ello... Si, debe reconocerlo... No vayamos a complicarlo todo y acabemos en la cárcel.

—¿Cómo sabe usted —preguntó Warren, dirigiéndose a Thomas— que su señor...?

—El señor Maxwell sufrió un ataque y estuvo muy enfermo. La señora Adams le veló... Durante la noche habló en voz alta... Entonces la señora Adams se enteró de sus intenciones... Oí al día siguiente cómo se lo contaba a Job...

—¿Se lo dijo a usted. Job? —Warren quiso asegurarse de que era así.

—En efecto —repuso el negro—, la señora Adams me lo dijo. Siempre ha habido mucha confianza entre nosotros.

—Pues si —afirmó de pronto el señor Maxwell—, había decidido casarme con una de esas chicas... No. no quería que de momento nadie lo supiera... A mi edad, no sé, me sentía un poco ridículo... Pero me queda poco tiempo de vida y añoro la felicidad de otros tiempos... Esto no es ningún pecado...

—Y usted, señora Adams, ¿qué pensó al enterarse de las intenciones de su señor? — preguntó Warren al ama de llaves.

—Pensé —contestó ella— que estaba en su perfecto derecho. ¿Qué otra cosa podía pensar?

—Tal vez —sentenció Warren— que no iba usted a consentirlo.

—¿Cómo...? —inquirió el ama de llaves.

Hasta ese momento la señora Adams había conseguido controlarse. Pero ahora, de pronto, sintió que la serenidad se le iba del cuerpo, que se le escapaba. Tal vez porque acababa de comprender que había sido desenmascarada por aquel detective de todos los demonios.

—¿Qué le sucede, señora Adams? —preguntó Warren irónicamente—. El rostro se le ha puesto tirante... No, no me extraña. Son muchos crímenes sobre su espalda.

—Ha llegado al fondo de la cuestión, ¿eh? —y las palabras del ama de llaves, como un viento helado, gélido, barrieron finalmente las dudas que quien pudiera aun tenerlas—. Pues bien, si, si... Pensé que no iba yo a consentirlo... Y así lo he hecho, llegando hasta donde ha sido preciso... ¿Muchos crímenes sobre mi espalda? Sólo los precisos.

—¿Qué está usted diciendo? —Bernard Maxwell se sentía estremecido, horrorizado— . ¿Qué significa esto...?

—Significa —sentenció la señora Adams, y miró a Bernard Maxwell como si sus ojos se hubieran convertido en agresivos y ardientes punzones— que nunca me he resignado a que me dejaras a un lado como a un trasto inútil.

—Por lo que veo y oigo —intercaló Warren Fennet— su ama de llaves le tutea, le trata con mucha familiaridad, señor Maxwell.

—Me juraste que serias discreta, que nunca lo dirías... —repuso

Bernard Maxwell—. Ya veo que no se puede confiar en las mujeres. Pero eso es, ahora, lo de menos. Lo horrible, lo espantoso, es lo que acabas de decir, de admitir... ¿Es cierto eso? ¿Has matado a...? —se quedó sin acabar la frase.

—No hubiera llegado a canto... —empezó a decir la señora Adams.

—De no peligrar —dijo Warren - la fabulosa fortuna que usted ya consideraba suya, ¿no es eso

—¡Exactamente! —exclamó el ama de llaves-. ¿Cómo no iba a considerarla mía. y muy mía, cuando soy...?

Warren Fennet intercaló de nuevo:

—La legítima esposa de Bernard Maxwell —y amplió Alguien me dijo que Bernard Maxwell se había casado en Estados Unidos. O que por lo menos así se lo habían asegurado... Quise saber la verdad y me informó... Si, se casó con una tal Adams...

—¡Si, soy su esposa! barbotó el ama de llaves—. ¡Nos casamos hace ya varios años! A mi me correspondía, pues, todos los bienes que...

—En efecto —el señor Maxwell se decidió a confesarlo todo—, me casé con ella. Pero aquello fue un error lamentable... En realidad, estaba destrozado por el dolor de haber perdido a mi amada Mabel, por la terrible angustia que sentía cada vez que recordaba su infidelidad... No se lo que me pasó, pero creí que en ella iba a encontrar... No. No encontré nada de lo que buscaba... Ni era joven, ni hermosa, ni se parecía en nada a Mabel...

—Casarme contigo no fue el triunfo que esperaba —dijo la señora Adams, esa mujer de unos cuarenta y cinco artos, vestida de negro, con el cabello oscuro recogido en su severo moño—. En seguida quisiste divorciarte, prescindir de mi...

—Tú me dijiste que aceptarías el divorcio en cuanto yo te lo pidiera, que a cambio sólo me pedías que te dejara seguir a mi lado como ama de llaves...

—Te conmoví con mi mansedumbre, ¿no es eso? Pues te hiciste absurdas ilusiones — las lágrimas de rabia y coraje que sentía salir de sus ojos, y que no quería derramar, terminaron quedándose como cristalizadas en sus pupilas confiriendo a su mirada una espeluznante fiereza—. La verdad es que te odiaba... Te odié desde que vi que te

avergonzabas de mi... No sólo porque no era joven ni hermosa, sino porque no tenía la esmerada educación y los exquisitos modales de Mabel.

—Mi círculo social, mi mundo, exigen a una esposa más de lo que tú podías ofrecerme. Debieras haberte hecho cargo.

—Me he limitado a desempeñar mi puesto de ama de llaves. ¿Aún me reprochas...?

—Te reprocho la falsedad y la maldad que por lo que veo ha habido siempre en ti.

—Tuve que jugar mis cartas, a mi modo. De lo contrario estaba perdida —y añadió—: Por eso me he encargado de que esas muchachas rubias, de ojos azules, desaparecieran en el momento oportuno... Sé que estás enfermo del corazón, que no vivirás mucho, y como comprenderás no iba a consentir que en el último momento todo fuera para otra...

—¿Que cómo he conseguido que esas muchachas desaparecieran? Pareces quererlo saber... Pues voy a decírtelo... También voy a decírselo a usted, detective.

—Será un placer oírla, señor Adams.

—Soy la señora Maxwell —puntualizó el ama de llaves—. Pero puede seguir llamándome como quiera, a mi no me importa. Pues bien, se trataba de quitármelas de en medio, ¿no? Fingía ante esas muchachas que era leal a mi señor, pero al mismo tiempo fingía sentir miedo de él... Cuando faltaba poco para el cuadro quedara hecho, iba a la muchacha en cuestión y le decía que el señor Maxwell mataba a las muchachas apenas el trabajo de posar había concluido. Le decía que estaba loco... Y ellas, entonces, se sentían dominadas por el pánico... ¡Dominadas por el pánico del modo más total, más absoluto! Pero yo les facilitaba la huida... La huida y el pago del dinero que les fallaba cobrar... Pero ese dinero no se lo entregaba en propia mano, sino que les decía dónde podían encontrarlo... Y cuando iban a buscarlo ¡zas!, allí les esperaba la sorpresa...

—¿La sorpresa? -preguntó Warren.

—Claro —dijo el ama de llaves, y se echó a reír, y sus carcajadas fueron en aumento, reproduciéndose como por contagio—, no iba a consentir que pudieran ir a la policía a explicarlo todo...

—¿Y en qué consistía la sorpresa? -preguntó Warren de nuevo.

—En un agujero —repuso el ama de llaves, y proseguían sus carcajadas, como si nada pudiera contenerlas—. Un agujero donde se cae con vida y se sale muerto.

—Una trampa —dijo Warren— taponada con pequeñas ramas y hojas secas, ¿no es eso?

—Si —afirmó.

—Allí esperan impávidas unas espadas. Las ocho espadas que se echan a faltar en...

—Exactamente —ratificó—. Ya me doy cuenta, saca las conclusiones con rapidez. —Y añadió—: Los cadáveres de las dos primeras muchachas ya no están en el agujero, han sido debidamente enterrados... Ahora sólo está allí el cadáver de la tercera de las chicas.

Sandra.

—En cuanto a la señora Claisse...

—Tuve que acabar con ella —refirió el ama de llaves—. Me conoció en los Estados Unidos, cuando Bernard Maxwell aún me presentaba como su esposa... Así que ella sabía quién era yo en realidad... Y como casualmente me encontró en una tienda, aquí en Garmesppon... y no. no me interesaba que lo dije-a a nadie, sabiéndolo era fácil deducir que era yo quien hacía desaparecer a las chicas... Así que —ya no se reía, ya había cesado sus carcajadas— me propuse hacerle una visita. Me imaginaba que la encontrarla borracha. Ella casi siempre estaba borracha, desde que murió su marido... En consecuencia me disfracé... Unas botas altas, un impermeable de color crema, unos guantes negros, unas gafas oscuras y una peluca rubia... En fin, que conseguí acabar con ella en menos tiempo del que se tarda en decirlo. Luego huí por la puerta trasera del hotel, con la copia de la llave que sabia sobradamente donde estaba... Desde luego, surgió un inconveniente... Usted, señorita Reed, metió sus narices en el momento menos oportuno... Pensé en acabar con usted del mismo modo... No pude hacerlo, apareció un detective del hotel.

—¿Y por qué mató al niño, al hijo de la cocinera?

—Me oyó hablar con Sandra... Era un peligro que repitiera mis palabras. Así que le ahogué en la bañera.

—Me doy cuenta —dijo Warren—, refiere los hechos con excesiva desfachatez. Saco una conclusión...

—¿Qué conclusión? —quiso saber el ama de llaves.

—Que espera salir bien librada de todo esto...

Efectivamente, lo espero.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Warren —. Yo estoy aquí...

—Pero yo cuento con una inestimable ayuda —dijo ella.

—¿Un cómplice? —inquirió Warren, y miró a loe dos sirvientes, a Thomas y a Job, y también a Henry Dekter.

—Si, un cómplice. ¿De quién sospecha usted que es tan listo? —preguntó el ama de llaves.

—De Job... —no tuvo que pensárselo.

Apenas pronunciado el nombre del gigantesco negro, éste avanzó hacia el detective con gesto amenazador.

—¡Job, quieto! —ordenó Bernard Maxwell—. ¡Te lo ordeno! Recuerda que me debes la vida.

—Vivir es algo más que estar vivo, y para vivir bien hace falta dinero —contestó Job—. El dinero me lo tiene ofrecido ella, no usted...

—Mal ha podido ofrecerte lo que aún no tiene.

—Ya es tarde —dijo Job— para que yo la deje.

—Job ha sido el encargado de ir diciendo a las muchachas que su señor era un ser vil, malvado... —habló de nuevo el ama de llaves—. Así me iba preparando el terreno... A veces, incluso, iba tras ellas y les rogaba que no huyeran... Pero sólo deseaba aumentar su miedo, su pánico... Lo que por descontando conseguía... Cada vez que parecía una nueva chica — agregó —. se mostraba fascinado por los encantos de ella... Las mujeres siempre se sienten bien predispuestas hacia aquellos que les demuestran admiración... En fin, ahora es el momento de que Job y yo huyamos. Debemos hacerlo antes de que llegue la policía.

Job se había acercado a Warren, dispuesto a dejarle fuera de combate en un santiamén. De este modo la huida estarla asegurada.

Pero Job no llegó al mentón del detective. En el último momento éste hizo un rápido movimiento y esquivó el golpe.

Por su parte, las manos de Warren al cerrarse se habían convertido en agresivos puños.

No obstante, la diferencia de estatura resultaba bien evidente y Warren Fennet llevaba todas las de perder.

Recibió un golpe del colosal negro. Este golpe no pudo esquivarlo. Y sintió como si un enfurecido mulo le hubiera incrustado una coz en el estómago.

¡Demonios, qué bestia! —exclamó.

Aun así, no estaba dispuesto a darse por vencido. Contaba con sus puños, mucho más efectivos de lo que el negro pudiera imaginar se. Además llevaba una automática.

Job no pensaba en una posible pistola, ni en que Warren pudiera dirigirle un derechazo que, a pesar de todo, le alcanzara contundentemente. No pensaba en nada de eso, porque estaba totalmente seguro de sí mismo; de su fuerza.

—¡Salgamos ahora!

Job obedeció.

Poco después estaban fuera de la vieja mansión, descendiendo la loma e internándose seguidamente en el bosque.

Y para entonces Warren Fennet salía en su persecución. No obstante, el dolor provocado por la coz había sido intenso, así que se había visto obligado a perder un par de minutos.

* * *

Huían rápidamente por el bosque.

Eran como dos exhalaciones que el demonio se llevara.

Pero ella, de pronto, se detuvo.

—Es pleno día —dijo—, pero el ciclo está cubierto de nubes y la niebla lo inunda todo...

Y no. no reconozco el lugar por el que vamos... ¿Dónde hiciste el agujero, Job? No será por aquí, ¿verdad?

Job miró, o intentó mirar a su alrededor. Pero la niebla era tan compacta, tan tupida, que no permitía distinguir nada.

—No sé... no sé... —murmuró Job. asustado—. Sólo sé que catamos en un claro del bosque...

No tuvo tiempo de decir nada más. De pronto sintieron como el suelo fallaba bajo sus pies.

Ella gritó...

Sabía lo que aquello significaba.

Job gritó también...

Cayeron en el siniestro y aterrador agujero, donde les esperaba las espadas en punta.

Las sintieron atravesar sus cuerpos de parte a parte.

El gigantesco negro fue el primero en morir.

En realidad murió casi en el acto.

La espada sobre la que fue a caer le atravesó inexorablemente el corazón.

El ama de llaves sintió un dolor agudísimo, horrendo, insoportable, pero siguió con vida.

—Job... Job... —acertó a decir—, esto se acaba...

Fue entonces, al no oír a Job, cuando oyó la voz de la muchacha rubia, de ojos azules, que estaba allí, aún con vida, clavada en una de las espadas como una diabólica y alucinante estaca.

—¿Usted, señora Adams? —era la voz de Sandra, no cabían dudas —. Ha caído en su propia trampa... El destino es gracioso... Tan gracioso que me dan ganas de reír.

Instantes después las dos mujeres habían muerto...

CAPITULO XIII

—Aquí están sus cadáveres —dijo Warren Fennet, tras retirar del todo las pequeñas ramas de hojas secas.

—¡Oh, es horrible! —exclamó Stefanie, tapándose el rostro con las manos.

Poco después el detective le pasaba el brazo por los hombros, atrayéndola hacia sí.

—Será mejor que regreses a la ciudad y que procures olvidar todo esto.

—Si —asintió ella.

—Te llevaré yo en mi coche, ¿te parece?

—Gracias.

Allí quedó, en aquel claro del bosque y entre la niebla espesa y tupida, un árbol solitario, de delgado tronco, de desnudas y descarnadas ramas. Un árbol que daba la sensación de ser un esqueleto que elevara sus brazos hacia el cielo en un gesto despavorido.

FIN

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO

ISBN 84-02-02525-0





EDITORIAL BRUGUERA, S. A

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en Españ